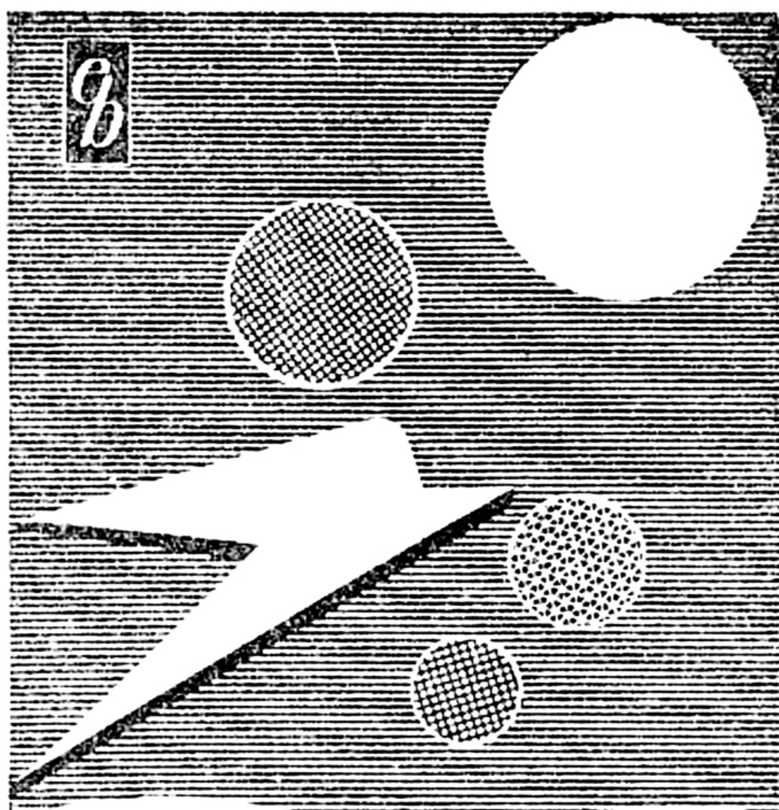
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LAS ESPORAS MALIGNAS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH

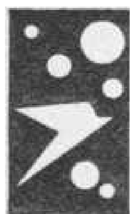
BARBY

LAS

ESPORAS

MALIGNAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 195
Publicación semanal Aparece los
VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS
AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 12.430 - 1974

Impreso en
España -
Printed in
Spain I.tt

edición:
mayo, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona -
1974

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

190.— *La Tierra agoniza..* Lucky Marty.

191.— *Inventor de personajes.* Clark Carrados.

192.— *El día de la «Mantis».* Curtis Garland.

193.— *La voz del mal.* Burton Haré.

194.— *Los muertos vivientes.* Lucky Marty.

CAPITULO PRIMERO

La luz violácea e indirecta iluminaba el largo corredor de una de las múltiples dependencias de la base, edificada en el subsuelo del satélite, y capital de la colonia terrestre en la Luna.

El joven coronel Tad Zinabry, de cabellos albinos y ojos tan claros como un pedazo de hielo abandonado en la cara oculta de la Luna, avanzaba lentamente, con el casco puesto como era reglamentario, pero con la visera plástica y transparente levantada. La orden había sido tajante desde que se iniciara la guerra de exterminio contra los rebeldes del espacio, como se había dado en llamar a los no nacidos en la Tierra, y que habían pretendido formar una especie humana aparte, tratando de apoderarse del mando total de la Humanidad.

El pasillo daba sensación de frialdad y, sin embargo, estaba a la temperatura adecuada:

diecisiete grados Celsius permanentes e inalterables. La gravedad artificial, sobre la que se había conseguido una perfección total, funcionaba sin variación alguna.

El semblante del coronel Zinabry estaba preocupado y no trataba de disimularlo.

En su pecho lucía la insignia de comandante de los supercaza del espacio, la agrupación interplanetaria que más se había distinguido en la lucha contra los rebeldes.

Al final del pasillo, se detuvo. Dio media vuelta y una luz cayó sobre él.

—Coronel Tad Zinabry, comandante de los supercaza del espacio —dijo.

Se escuchó la voz metálica de la computadora de control que le respondía:

—Correcto, positivo.

Una puerta se abrió a ambos lados.

Pasó a una antesala de acero plástico y, cuando la compuerta se hubo cerrado tras él, brilló una luz verde frente a sus ojos. Se abrió una segunda puerta y allí estaba el despacho del gobernador de la colonia lunar, el general Velázquez.

—Adelante, coronel Zinabry.

Zinabry caminó hasta detenerse frente a la mesa de tablero inclinado, donde había diez pantallas de televisión a color y tridimensionales, a través de las cuales podía obtenerse cualquier dato de toda la colonia lunar, comunicarse con el Monogobierno terrestre y recibir instrucciones.

—He recibido la orden de su llamada, general.

—Bien, coronel Zinabry. Es usted el hombre con más brillante hoja de servicios que posee la milicia de protección, pero ya sabe que hay una orden de regresión: la transformación de milicianos en civiles.

—Mi general, ¿me alcanza a mí esa orden?

—La reducción de las fuerzas militares es muy grande; sin embargo, no le alcanza a usted, pese a que su petición de continuar en la comandancia de los supercaza del espacio ha sido desestimada. —Miró directamente al rostro de Zinabry y, al no observar transformación en él, preguntó—: ¿Le molesta mucho lo que le acabo de decir?

—Francamente, me lo temía, general.

—La resistencia de los rebeldes está finalizando, ya no son necesarias las fuerzas militares. Sólo quedan algunos en Marte y otros pocos en Venus.

—Todavía presentarán combate, mi general.

—Lo sabemos, pero combates de poca importancia. ¿Acaso pretende darme a entender que los hombres que usted ha comandado no son lo suficientemente aptos como para llevar a cabo ellos solos esta operación de simple limpieza?

—Oh, sí, son suficientes.

—Entonces, no es usted necesario. Pasaremos a su segundo como comandante de la flota de los supercaza del espacio. La verdad es que apenas tendrán trabajo, porque algunos de los grupos de resistencia sitiados en sus refugios se están rindiendo. Después, ¿sabe lo que pasará, coronel?

—Se mantendrá la vigilancia, supongo.

—Pues, tal como prescribe la constitución del Mono-gobierno al que pertenecemos, esos cazas serán destruidos en un diez por ciento anual hasta su total desaparición. La norma es evitar los ejércitos en lo posible.

—Si quedamos desarmados, puede surgir alguna desagradable sorpresa —advirtió Tad Zinabry.

—No, estamos capacitados para fabricar material de defensa en plazo muy breve. Además, dentro de diez años esos cazas que usted comanda ahora resultarán anticuados en comparación a la técnica que por entonces dominaremos.

—Eso sí es cierto, general.

—Por lo tanto, manteniendo la reserva hasta los diez años, siempre tendremos una formación para cualquier posible conflicto. La verdad, coronel, no debería de explicarle todo esto, usted debería de saberlo, pero en los últimos tiempos ha estado demasiado preocupado en las batallas espaciales contra los rebeldes.

—Fue la misión que se me encomendó.

—Y que usted ha cumplido más allá del deber. Si volviéramos al pasado, me refiero a la historia del siglo XX, tendríamos que otorgarle muchas medallas al valor; mas, por suerte, esas vanidades están superadas en nuestra civilización.

—Todos somos educados en los *colleges* para cumplir siempre más allá del deber en nuestras actividades, sean cuales fueren.

—Sí, ése es uno de los puntos básicos de nuestra política.

Ahora, coronel, me entregará
su placa de comandante en jefe de los supercaza del espacio.

—¿Ahora mismo, general?

—Sí, ahora mismo —insistió. Y extendió su mano hacia delante.

Zinabry no quiso demostrar flaqueza en aquel momento. Se quitó la placa distintiva que había llevado durante bastante tiempo y en los momentos más heroicos de los encarnizados combates espaciales y la entregó a su superior en silencio.

—Bien, coronel. Ahora, tome esta otra y póngasela.

—Supongo que será la de esa nave científica.

—Así es. Esa nave, como usted la llama con sarcasmo, es la O.P.E. 001, y usted será su comandante en jefe.

—Me lo temía —suspiró.

—No lo tema, es un proyecto muy interesante.

—Y de muy larga duración —rezongó molesto.

—La nave ya ha partido de la órbita terrestre con un comandante provisional. Cuando llegue a la órbita lunar, que será dentro de setenta y dos minutos exactamente, usted tomará un transporte de ensamblaje y será conducido a la nave. El comandante provisional pasará a ser su segundó de a bordo.

—¿Y quién es, mi general?

—El coronel Yuri Donovich. Creo que usted le conoce bien.

—Así es, general.

—Sé que hay algunas diferencias de opinión entre ambos, pero no serán obstáculo para que el proyecto siga adelante sin problemas. La computadora central ha sido quien les ha emparejado en este viaje. Como usted ha dicho, es un viaje muy largo y habrá momentos en que deberán de tomarse arriesgadas decisiones.

—Me temo que va a ser más que aburrido, general.

—Nunca se sabe, coronel. Quiero que se lleve bien con Donovich y, pensando en forma distinta, si tienen un problema siempre serán dos pareceres a tener en cuenta; son dos posibilidades de pensamiento que pueden arrojar mayor claridad sobre los problemas.

—Entiendo el sistema, general.

—Bien. El proyecto de O.P.E. 001, como ya verá en el *dossier* que se le entregará, es llevar la nave a la órbita de Plutón, donde estarán fuera del influjo de las ondas radiocósmicas solares que podrían estorbar las inframicroondas de la investigación de la ingeniero jefe del proyecto, señorita Stella Flag.

—¿Debo entender que esa señorita Flag será la jefe del proyecto de observación ultraestelar?

—Sí, pero la comandancia de la nave será responsabilidad suya, coronel Zinabry. Ella es una investigadora civil y la nave está bajo la protección militar, puesto que todavía quedan algunas naves rebeldes que podrían atacarles.

—¿La nave está armada?

—Sí, y es de supervelocidad, no tema si es perseguido. Sólo ha de temer si le salen de frente. Llevará cañones láser de coordinación automática y será decisión suya destruir cualquier obstáculo que ponga en peligro el proyecto. Quiero advertirle que la nave O.P.E.
001 lleva a bordo cuatrocientas personas, entre civiles y militares, hombres y mujeres, y que usted, a partir del momento del alejamiento de la órbita lunar, será responsable de sus vidas.

—Hasta ahora he venido operando siempre en el ambiente militar, general. Quisiera que quedaran bien definidas las posiciones entre el personal civil y el militar de la nave, es decir, más en concreto, entre la ingeniero Flag y yo.

—Ella es responsable de la investigación. Deberá de colocar la nave como ella le exija y procurar que todo el material funcione con el máximo de fiabilidad. No obstante, la responsabilidad de cuanto Ocurra es de usted. Creo que puede quedar bien claro que el único que tendrá poder para determinar el fin de la operación, dar la orden de regreso o cambio de dirección por cualquier problema que surja, es usted, coronel Zinabry, o en el caso de pasarle algo y estar fuera de servicio, quien le suceda.

—Comprendido, general. ¿Irá todo en el *dossier?*

—Exactamente, y creo que sólo me resta desearle buen trabajo. Ya quedan sólo —

consultó el reloj atómico que tenía delante— sesenta y un minutos. Recoja sus cosas más imprescindibles, el viaje será largo. Puede llevarse cualquier «diversión» que desee para sus horas libres, aunque un comandante en jefe nunca tiene horas libres.

El coronel Zinabry se prendió en el pecho la nueva insignia que acababan de entregarle

y su imagen pasó a la computadora central para tomar nota de su cambio de comandancia y poder ser identificado en cualquier momento sin dificultades.

—Gracias, general. Cumpliré mi misión como manda nuestra constitución.

—Manténgase en contacto con la central de comunicaciones siempre que le sea posible, aunque debido a lo distante que se halla Plutón, no podrá fiarse demasiado de las comunicaciones y todas las determinaciones tendrá que tomarlas por sí mismo. Es posible que cuando regrese ya no me encuentre aquí.

—Es usted muy optimista, general.

—No crea que me agrada perder este cargo pese a las responsabilidades que entraña, pero los años no pasan en balde y deberé de pasar a excedencia, claro que ahora que muchos territorios de la Tierra han sido convertidos en verdaderos paraísos, podré dedicarme a una vida pacífica y bucólica; a pescar, a cazar... Después de todo, hace unas cuantas décadas eso ya no podía hacerse.

—Sí, general, pero desde que se formó el Monogobierno tras la Tercera Guerra

Mundial, fue barrida toda contaminación y la Tierra es ahora ese paraíso que toda la humanidad, a lo largo de su historia, siempre ha deseado.

—Sí, gracias a que se puso a tiempo una barrera infranqueable para las naves rebeldes que pretendieron destruirlo. En fin, es un problema que ya está resuelto y, para usted concretamente, terminado del todo. Insisto: suerte, coronel.

Se levantó tras su mesa de diez pantallas y en la que con sólo oprimir teclas podía grabar lo que quisiera, leer la página del libro que deseara o simplemente jugar una partida de ajedrez con algún compañero suyo, ya en excedencia en la Tierra.

Ambos hombres se estrecharon la mano.

Tad Zinabry le dio la espalda y se alejó del despacho.

Aquel destino no era el que más deseaba, pero si se lo habían encomendado debía de llevarlo adelante. La disciplina era la piedra angular que sostenía la supervivencia del Monogobierno que imperaba, igual para todos.

CAPITULO
II

El alto, en apariencia delgado pero atlético coronel Tad Zinabry, vestía ahora el traje completo de supervivencia espacial en su modelo de miliciano en la categoría de comandante que le correspondía.

Su casco era color plata con el emblema de su jerarquía sobre la frente. El resto del traje era plateado, con unas franjas doradas. El oro completo sólo correspondía a los generales.

En la milicia espacial, el color de los trajes identificaba claramente la categoría a la que cada miembro pertenecía.

Pasó al ascensor de seguridad número veintitrés que le condujo al hangar. Allí todavía funcionaba la gravedad artificial, pero no la atmósfera necesaria para la supervivencia, pues la boca del hangar estaba siempre abierta, dispuesta para la partida de las naves que allí se refugiaban de cualquier ataque intencionado o fortuito, producido por algún meteorito que podía perforar el fuselaje de las naves, puesto que la ausencia de atmósfera en la Luna hacía que los meteoritos no se desintegraran como al entrar en la Tierra.

Portaba una cartera de mano sujeta a su muñeca con una cadena y del cinturón amplio, al que iba adosado un mosquetón, también colgaba una pistola altamente poderosa de láser atómico.

Caminó hacia la nave transportadora número dos. Al pie de la misma le aguardaba su piloto, quien debía llevarle a la nave del proyecto O.P.E. 001.

—¿Listos? —preguntó a través del intercomunicador del casco.

—Sí, coronel Zinabry. Es un honor llevarle a bordo.

A través de la mirilla descubrió que la chica piloto era tan joven como hermosa. Le sonrió, no podía hacer menos pese a que había llegado con el ceño fruncido.

Aquel viaje de comunicación interestelar, y que debía de

asentarle en la órbita del planeta Plutón, le llevaría tanto tiempo que posiblemente no volvería a ver a sus actuales compañeros.

Zinabry pasó al interior del pequeño artefacto transportador como simple pasajero. Aquella nave sólo podía llevar a dos personas aparte del piloto, en este caso una joven pero experta piloto de naves transportadoras para pasajeros que debían de ser trasladados a naves en órbita lunar.

La chica ocupó su lugar y, tras esperar a que le dieran luz verde para salir del hangar, avanzó primero lentamente; luego, despegó del suelo selenita y se elevó hacia el espacio en busca de la gran nave investigadora que Zinabry debía de comandar.

Apenas se habían elevado unos miles de pies cuando sonó alarma roja en la base de la colonia lunar.

Inmediatamente, en el panel de mandos de la pequeña e indefensa nave transportadora, se encendió el piloto rojo. La mujer, preocupada, dio paso a la comu- nicación de urgencia que le enviaban.

—¡Atención, atención! Se tienen noticias de que ha aparecido una nave rebelde. No se tienen datos concretos, puede estar cerca. ¡Atención, atención! —repitió la voz de urgencia.

—¿Tendremos tiempo para llegar a la nave? —se preguntó en voz alta la joven piloto. Zinabry, que tenía el casco puesto pero el intercomunicador abierto, le respondió:

—Si esa nave rebelde está libre, usted no podrá subir a la nave investigadora que, por otra parte, corre peligro, y tampoco lograría regresar al astropuerto de la base lunar.

—¿Qué hacemos entonces? Voy a pedir instrucciones.

—Aguarde. Allí, a lo lejos, a mi derecha, hay algo que brilla.

—¿Será la nave rebelde?

—Seguro. Esos rebeldes son astutos. Habrán permanecido ocultos dentro de algún cráter y avanzan rápidamente a ras de suelo para no ser identificados, ya que avanzan entre rocas.

—¿Nos atacará?

—A nosotros podría ser, pero su blanco principal será la base. Hacia allá se dirige.

—Entonces, ¿podremos escapar? —inquirió preocupada la muchacha, poco experta en la guerra del espacio.

—¿Y decían que habían sido controlados todos los rebeldes? —se quejó Zinabry con un gruñido. Luego, preguntó a la chica—: ¿Tiene el traje de supervivencia en perfectas condiciones?

—Sí, coronel.

—Pues abramos la carlinga plástica.

—¿Qué pretende, coronel?

—Sujétese bien con los atalajes al asiento. Va a entrar en un carrusel del que es posible que no salgamos vivos ninguno de los dos.

Con la carlinga descubierta, Zinabry desenfundó su pistola láser-atomic de gran potencia e indicó a la piloto:

—Haga lo que le indique. Suba en vertical y luego invierta la nave ciento ochenta grados.

—Pero, mi coronel, nos estrellaremos contra el suelo lunar como si fuéramos un meteorito. Esto no es un supercaza espacial —protestó la bella piloto.

—Haga lo que le digo, y rápido.

—Sí, coronel —admitió, pues el propio Zinabry le pisaba el pie, aplastando con ello el gran pulsador de aceleración y la chica no podía apartar aquel pie enfundado en la gruesa bota.

—¡Ahora, invierta la nave, rápido!

—¡Es un suicidio! —gritó ella.

—Distráigase explicando a los de la base que vamos a atacar a la nave rebelde que hemos descubierto a ras de suelo.

La nave se invirtió cayendo en picado sobre la Luna, pero Zinabry, con su gran experiencia había calculado bien. Se encontrarían en una intersección con la nave rebelde atacante, una de las pocas que quedaban y que no habían querido rendirse.

—¡Atención, atención, cuartel general, base lunar, atención! —llamó la joven, secándosele la garganta en aquella caída tan fulminante, pues se unía la potencia de la nave transportadora a la gravedad lunar que la atraía con fuerza para incrustarla en su superficie, convertida en un montón de chatarra.

Zinabry tenía lista su pistola láser, que si bien era de gran potencia, su alcance no podía

igualar a los cañones que portaba la nave rebelde.

Mas lo que esperaba Zinabry ocurrió: la nave rebelde despreció a la pequeña nave transportadora, como el paquidermo que menosprecia a un pájaro que vuela sobre él.

Por haber luchado en multitud de ocasiones contra aquellas naves, Zinabry conocía bien cuáles eran sus puntos flacos e hizo disparos continuados en los puntos claves: la boca del cañón principal y en la salida de motores.

—¡No conseguirá nada, nos vamos a estrellar!

—Cuatro, tres, dos, uno... ¡Ahora, hacia arriba!

El propio Zinabry, estirando su zurda, de nuevo dio un giro de ciento ochenta grados y volvió a coger la vertical hacia el espacio.

Pasó lamiendo materialmente la nave rebelde que, a su vez, iba a gran velocidad a ras de suelo lunar.

De inmediato, se produjo un gran estallido que zarandeó totalmente a la pequeña nave. De no estar bien sujetos con los atalajes de seguridad a los asientos, habrían salido despedidos al espacio para luego caer sobre la Luna, estrellándose en forma fatalmente mortífera.

—Cuando se le haya pasado el susto, indique a la central que la nave rebelde ya no causará más problemas.

—Sí, sí, coronel Zinabry —balbució.

Mientras cerraba de nuevo la carlinga protectora de la pequeña nave transportadora a la órbita lunar, la piloto comunicó lo que había sucedido mientras abajo aparecían rescoldos de la nave que se había desintegrado fulminantemente tras el experto ataque de Tad Zinabry.

—Coronel, parece que es usted tan duro y temerario como se comenta, ahora puedo atestiguarlo.

—Hemos tenido suerte de que no se fijaran en nosotros. Si lo hubieran hecho, en vez de concentrar toda su atención en atacar la base neurálgica, el cerebro terrestre en la Luna, ahora estaríamos muertos.

—¿Y qué tanto por ciento de posibilidades había de que no

se fijaran en nosotros?

—Pues de uno a diez.

—¿Cómo? —palideció la piloto—. ¿Quiere decir que teníamos nueve probabilidades contra una de morir?

—Sí, eso creo más o menos, pero ya ve, estamos de suerte. Hemos aprovechado nuestra única probabilidad jugando la baza de que nos consideraran sólo un insignificante insecto carente de peligro.

—Pues si llegan a saber que esta transportadora a la que usted llama insecto llevaba a bordo al coronel Zinabry, nos hubieran desintegrado.,,

—Es posible, pero ponga más atención en la ruta que en mí

y establezca contacto con

la nave.

—Sí, coronel Zinabry —aceptó en cierto modo satisfecha por haber compartido con Zinabry aquella aventura que luego podría explicar a su regreso, ante la envidia y el pasmo de sus compañeras.

La nave procedente de la Tierra quedó reflejada en la pantalla del radar de la transportadora que, a su vez, pasó los datos a la computadora y el pilotaje se efectuó de

forma
automática.

La gran nave O.P.E. 001 de investigación consistía en una enorme esfera con ocho grandes brazos equidistantes entre sí, partiendo del sólido caparazón.

Dichos brazos eran prismas de base cuadrada, con una longitud de trescientos pies cada uno, convirtiendo a la esfera en una especie de sol con sus rayos, aunque algunos, en forma chusca, habían bautizado a la nave como la «Erizo». De esta forma la nominaba el personal a bordo, siempre que no se hablara en términos oficiales.

La transportadora se introdujo por el hueco de uno de los grandes brazos de la esfera de seiscientos pies de diámetro que había sido totalmente ensamblada en el espacio, en órbita terrestre, ya que una nave de tales dimensiones no podía despegar de la Tierra, venciendo su fuerza gravitatoria.

—Gracias por el apacible viaje, señorita. Ya puede regresar a la base lunar.

—Sí, coronel —respondió ella desde el interior del casco, a través de la radio, mientras suspiraba, no supo si por el susto pasado o porque el coronel Zinabry la había impresionado como hombre.

Mas éste ya se alejaba hacia la cámara de descompresión de la nave «Erizo».

CAPITULO III

Zinabry se había puesto bajo la ducha bactericida para evitar que cualquier germen que hubiera en su cuerpo se extendiese por la nave, contagiando al resto de la tripulación que, en este caso, era muy abundante, pues la componían cuatrocientas almas.

—Comandante Zinabry —le llamó una voz a través del altavoz colocado en el techo de su pequeño pero acondicionado cuarto de aseo.

—Sí —respondió.

—La ingeniero jefe, señorita Flag, acaba de entrar en su despacho, tal como usted había pedido.

—Mensaje recibido.

Terminó su ducha y se envolvió en un batín de toalla. Pasó a su dormitorio, pero como había dejado abierta la puerta que comunicaba con el despacho particular, se encontró de cara con una mujer joven, espigada, rubia platino como él y de ojos intensamente verdes.

Descalzo, dejando las huellas húmedas de sus pisadas en la moqueta, se acercó a la puerta que había quedado abierta.

—Hola —saludó él con una mezcla de cautela y timidez, asomando la cabeza por el marco de la puerta y mirando en derredor. Al final, extrañado, preguntó—: ¿Dónde está la vieja?

—¿Qué vieja?

—Pues la ingeniero jefe Flag.

—La ingeniero jefe Flag soy yo, comandante Zinabry.

El hombre no pudo disimular un ligero asombro en sus ojos muy claros. Era obvio que no esperaba tanta juventud en la científico femenina.

—Disculpe, la había tomado por la ayudante de la ingeniero. Como ustedes los civiles no utilizan uniformes con los colores clasificatorios como nosotros.

—También los usamos, pero hay más variedad —explicó

Stella Flag.

Vestía un ajustadísimo pantalón y casaca escarlata, como si ambas prendas fueran una segunda piel, contrastando con sus cabellos rubio platino.

Su anatomía era tan perfecta como atractiva.

—Admito que soy joven para ser la jefe del proyecto, pero he sido designada y he aceptado con mucho placer.

—Magnífico, soy partidario de la belleza.

Con una sonrisa entre irónica y sarcástica, Stella preguntó:

—¿Es que para usted hubiera sido diferente de ser yo, digamos más mayor y menos atractiva?

—Si he de confesar la verdad, diré que sí.

—Me habían hablado muy bien de usted, comandante Zinabry, pero le creía más frío, más cerebral. Esta misión va a necesitar enormes cantidades de paciencia.

—En fin, lamento parecerle tan primitivo y discúlpeme por haberla recibido en estas condiciones.

—Disculpado.

—Bien, quería hablar a solas con usted antes de la reunión de jefes que vamos a celebrar dentro de unos minutos en el puente de mando.

—Sí, eso he imaginado al serme comunicada su llamada.

—Será bueno que aclaremos algunos puntos. Usted es la jefe del proyecto científico a llevar a cabo.

—Sí, y usted el comandante de la nave y de su mantenimiento.

—Perfecto, señorita Flag, espero que nos llevemos bien. He leído ya parte de la documentación sobre este proyecto de observación ultraestelar.

—El proyecto, como usted ya conoce en parte, consiste en orbitar Plutón y desplegar allí la gran antena ultrasensible de microinfraondas, enviando mensajes codificados cada media hora y esperando recibir respuesta de algún punto del espacio a nuestra llamada.

—¿Cree en la vida inteligente en otros lugares?

—¿Acaso usted no, comandante Zinabry? —preguntó con sorpresa.

—No he visto todavía a más extraterrestres que los que nacieron de nuestra raza fuera de la Tierra y que, por cierto, aún están dando mucha guerra. Además, esas experiencias de enviar señales de radio al espacio ya se hicieron en la segunda mitad del siglo pasado desde la Tierra y luego, a comienzos del presente, desde la Luna. Siempre se han obtenido resultados engañosos.

—Ha habido resultados negativos e indicios que pudieran significar el principio de resultados positivos, comandante —corrigió la ingeniero Flag, tomando asiento y cruzando sus bellas piernas delante del hombre.

—Sólo sé que, según se llegó a admitir en una convención sobre inframicroondas espaciales descubiertas en los albores de este siglo, este tipo de ondas ultra sensibles pueden partir de forma sistemática e intermitente de otros soles o grandes astros que produzcan algún tipo de energía. El simple roce de

una roca contra otra, por movimiento centrífugo, produce electricidad y otra clase de ondas, fácilmente detectables con nues- tros sensores electrónicos.

—Todo eso lo sabemos, comandante Zinabry, pero estadísticamente existen más de doscientos millones de planetas con las mismas propiedades que pueda tener la Tierra, y entre esos doscientos millones los habrá con vida inteligente, inferior y superior, y posiblemente mucho más avanzada que la nuestra.

—Desconfío de un posible amigo que sea superior en su civilización, en su técnica, en su poder intelectual.

Stella Flag sonrió de nuevo, con algo de sarcasmo y burla.

—Es usted un miliciano nato, que todo lo quiere arreglar con las armas y no con la comunicación.

—Es posible, pero soy receloso ante lo desconocido.

—Me habían informado de que era usted temerario.

—Llevo cuatrocientas personas a bordo que dependen de mí. Si en algún momento se corre un riesgo, lo evitaré aunque para ello tenga que perjudicar su proyecto.

—Admito que las vidas de la tripulación están ante todo, comandante, pero por sus palabras deduzco que ya empieza usted a creer en seres extrasolares.

—No creeré en ellos hasta que tenga pruebas definitivas. En el siglo pasado se crearon muchos mitos y monstruos sobre seres extraterrestres, que si marcianos, que si venusinos, etcétera, y luego sólo hemos encontrado vida primaria, aminoácidos. A lo sumo, algunas plantas de escasísima evolución, nada más. Soy un excéptico referente a los extraterrestres.

—Ya sabemos que no hay extraterrestres en nuestro

sistema solar, pero puede haber

extrasolares y nuestro proyecto es intentar comunicarnos con ellos lo más lejos posible de la influencia de los rayos, ondas y tormentas solares que tanto han perturbado este tipo de investigaciones en sus primitivos ingenios de finales del siglo XX. Ahora, escaparemos a las influencias magnéticas del sol y nuestros mensajes serán limpios al ser enviados y limpios al recibirlos. Incluso, rebasaremos el cinturón de asteroides, de los que tanto se ha hablado, que reflejan las ondas, y de forma matemática, por mantenerse muchos de los meteoritos de gran y pequeño tamaño en órbita solar.

—Sí, ése era uno de los motivos por los cuales, cada determinadas épocas, se recibía un equivalente de las señales enviadas desde la Tierra. Sólo eran reflejos astrales de las señales lanzadas al espacio.

—Esta vez no ocurrirá en esta forma. —Hizo una pausa, suspiró y ensombreció un tanto su atractivo rostro—. Me temo que usted piensa que esto será un derroche de trabajo, de dinero, de técnica y hasta de hombres si la nave sufre algún percance tan lejos de cualquier nave de salvamento, pues el radio máximo de éstas sólo llega a Júpiter.

—Lo que yo piense carece de importancia, señorita Flag. He recibido la orden de llevarla a usted y a su equipo al punto señalado y la cumpliré en lo que me sea posible.

—Por lo menos, es una satisfacción saber que usted cumplirá con todo lo previsto, aunque no crea en el proyecto.

—Señorita Flag, si he de serle sincero, hice una petición para que me fuera retirada la comandancia de este proyecto,

pero fue desestimada y aquí estoy.

—Acepto su sinceridad, comandante Zinabry. En adelante, sabré a qué atenerme. Conocerle a usted es' para mí importante, imagino que deseaba seguir comandando los supercaza del espacio para terminar totalmente la guerra contra los rebeldes.

—Sí, ésa era mi intención, pero el Monogobierno opina que esta guerra ha acabado ya.

—¿Y usted no lo cree así?

—Sí, pero aún queda limpieza por hacer. Tras los finales de las guerras siempre han aparecido residuos rebeldes a los armisticios que han ocasionado problemas de toda índole y, en ocasiones, muy graves.

—Todos en la nave hemos conocido su acto de heroísmo al destruir desde una simple transportadora a esa nave de guerra espacial rebelde que había permanecido escondida en un cráter lunar. He de admitir que el personal de a bordo se siente orgulloso de tener un comandante como usted. Confío que este orgullo se mantenga hasta la culminación del proyecto.

—Bien, creo que ya hemos tanteado nuestras propias posiciones. El resto lo trataremos en la reunión de jefes en el puente de mando. Como ya sabe, probaré esta nave y sus posibilidades durante el trayecto hasta la órbita de Marte. Si surgieran averías graves, las bases marcianas nos prestarían ayuda. Luego, cruzaremos con relativa lentitud y el máximo de precaución (habida cuenta de las gigantescas dimensiones de esta nave) la ba-

rrera de asteroides y, una vez rebasada ésta, si todo está perfecto, aceleraremos al máximo el viaje hacia Plutón y se procederá a los tumos rotativos de hibernación para evitar los desgastes biológicos en nuestros cuerpos.

—Sí, es el plan que esperaba siguiera, pero cuanto antes lleguemos a Plutón, antes podremos comenzar el proyecto O.P.E. 001 y, en consecuencia, también lo terminaremos antes, ya que nuestra ruta es sol-radial. Si llegáramos a Plutón cuando éste ha rebasado el punto de encuentro de su órbita solar, tendríamos que esperar 248 años, lo cual sería imposible. Nuestra misión se convertiría en un fracaso.

—Lo tendré en cuenta, señorita Flag. Aunque me llame primitivo, debo de decirle que lo mejor de este proyecto parece ser usted, aunque ahora y en el futuro tengamos nuestras polémicas y controversias.

—Comandante, le rogaría que olvidase mi condición físico sexual que nada tiene que ver en el proyecto.

—Trataré de que sea así, pero, desgraciadamente para usted, tengo ojos que no pueden ignorar lo que están viendo.

Stella Flag dio media vuelta y abandonó el despacho donde quedó el comandante Zinabry, envuelto en su bata y con el pelo todavía húmedo por la ducha.

CAPITULO
IV

Los principales jefes de la O.P.E. 001 se reunieron en torno a la mesa rectangular en el puente de mando. En realidad, la mesa era una pantalla de teletrivisión a color y en aquellos instantes, bajo el cristal de una pulgada de espesor, contra el que rebotaría un martillo sin causar daño alguno, aparecía la imagen del planeta Marte que estaban orbitando.

Allí se habían reunido la ingeniero jefe Stella Flag, el doctor en radioelectroatómica Giraud, el mayor Walterson, jefe de los suministros, provisiones, intendencia y policía general del régimen interno de la nave «Erizo». Luego, estaba la psicóloga doctora Vera Erickson, una alta, bella y espléndida, aunque algo fornida, pelirroja de sangre vikinga; no obstante, su temperamento era más templado de lo que pareciera a simple vista.

Junto a ella estaba el doctor Rodríguez, traumatólogo de la nave y jefe de la enfermería donde tenía dos ayudantes, y el mayor Chao Tung, jefe de armamentos y defensa.

Luego, había aparecido el coronel Yuri Donovich, un hombre fuerte, de cabello negro azabache, ojos profundos y ligeramente orientalizados.

Destacaba en él la casi escasez de labios y un mentón algo pronunciado, ligeramente en punta y al parecer bastante duro.

Había una butaca vacía, la principal. Faltaba el comandante Tad Zinabry, que se presentó justo en el instante en que el reloj que marcaba el tiempo en la nave señalaba la hora setenta y tres cero cero, pues ya no podían regirse por la hora terrestre.

Sin embargo, junto al reloj principal había otro algo más pequeño que cada veinticuatro horas tenía un ciclo completo para mantener un régimen de horarios a la antigua usanza.

Con la base de dicho reloj pequeño, se originaban los turnos de trabajo y, en aquel momento, marcaba las dieciséis

cero cero.

—Camaradas —saludó Zinabry. Hizo una pausa, tomó asiento frente a quienes estaban a sus órdenes para ejecutar a la perfección todo el ambicioso proyecto y luego continuó—: Las pruebas efectuadas en el trayecto hasta Marte han sido perfectas, todo ha funcionado con la fiabilidad que era de esperar y por ello les felicito, en especial a usted, coronel Donovich, que ha llevado el control del funcionamiento de motores y la detección de posibles meteoros.

—Pronto serán necesarios los detectores de meteoritos, comandante Zinabry —respondió el coronel Donovich.

—Sí. Lo que quería decir es que la nave está dispuesta para partir de Marte, dirigirse hacia el cinturón de asteroides y atravesarlo. Después, pondremos el máximo de velocidad para que el gran viaje hacia Plutón se realice en el menor tiempo posible. Cualquier fallo que aparezca en sus servicios deberá ser comunicado inmediatamente, por mínimo que sea. Ya en el gran espacio, lejos de toda ayuda, dependeremos absoluta y totalmente de nosotros mismos. Cualquier avería, cualquier problema, deberemos de resolverlo con los medios que llevamos a bordo. Señorita Flag...

—Sí, comandante Zinabry.

—Tengo informes de que han estado repasando su material, usted y el doctor Giraud.

—Exactamente, comandante —respondió lacónica.

—Le hablo porque, si necesita algo, todavía puede pedirlo a la base terrestre en Marte. Cuando partamos de este planeta del que todavía podemos recibir ayuda y suministros, ya no retrocederemos a menos que sea para regresar una vez terminada la exploración encomendada o por haber obtenido un fracaso, aunque esta palabra no guste a nadie, y menos a mí.

—Todo nuestro equipo ha sido comprobado como usted ordenó. La antena fue desplegada y vuelta a guardar tras examinar su funcionamiento. El anexo a la com- putadora central para la comunicación interestelar ha sido comprobada también en lo posible. En cuanto a nosotros, no hay problemas.

—Perfecto. Cualquier dificultad surgida en el espacio, a tan grandes distancias de nuestro medio que es la Tierra, es mucho peor. Mayor Walterson...

—Sí, comandante Zinabry.

—¿Están controlados todos los suministros de a bordo y en óptimo estado de conservación?

—Sí, comandante. Los suministros están al tope de sus posibilidades y distribuidos de tal forma que si falla algún sistema de refrigeración se pondría otro en marcha.

—Correcto. Doctor Rodríguez, ¿su enfermería se halla preparada para cualquier emergencia? No olvide que aún no se ha terminado la guerra contra los rebeldes y podemos ser atacados antes de alejarnos de Marte y quedar fuera del alcance de sus naves bélicas.

—Sí, comandante, todo está listo. Además, el personal está controlado. No hay ni un solo caso de gripe en la tripulación y no espero ninguna epidemia de clase alguna. Sólo la posibilidad de algún herido que puede presentarse por causas laborales.

—Perfecto. En cuanto a usted, doctora Erickson, ya he tenido el placer de sostener una charla a solas, al igual que con la señorita Flag.

Las dos mujeres se observaron sin disimulo. Cada una de ellas tenía una labor importante que cumplir, pero eran mujeres y entre ambas se creó un seudocompañerismo tras el que se escondía una clara antipatía.

No ocurría lo mismo con otras féminas de la tripulación, pero las dos eran consideradas personas importantes y una no tenía mando sobre la otra por ser sus labores totalmente distintas.

—Sí, comandante, y lo que le he dicho anteriormente es lo que he vuelto a comprobar.

La moral y la salud de todos los miembros a bordo es perfecta en este momento. Todos desean que el proyecto sea un éxito.

—No es preciso insistir, doctora Erickson, acerca de que su presencia en la nave es muy importante. Vamos a pasar mucho tiempo en el lejano espacio y se producirá irritación general en todos nosotros, algunas sensaciones de claustrofobia y depresión en los menos habituados.

—Si llega ese caso, emplearemos la psicoterapia, la electroterapia cerebral o las drogas.

—Sí, las drogas de nuestros días son perfectas para actuar médicamente y sin crear hábito como sucedía en el siglo pasado, cuando originaban falsos placeres.

—Creo que todo está a punto para emprender el gran viaje en busca de los extraterrestres, en este caso extra- solares, de la ingeniero Flag —opinó el coronel Yuri

Donovich.

—Bien. Como nadie tiene nada que objetar y cada cual responde de cuanto se le ha encomendado, no esperemos más. ¿No le parece, señorita Flag?

—Atención, atención —comenzó a decir Zinabry tras pulsar un botón que hizo aparecer un micrófono en el borde de la mesa pantalla—. Habla el comandante de la nave. Vamos a abandonar la órbita de Marte. Todo dispuesto, los motores van a entrar en funcionamiento para alejarnos de la gravedad marciana. —Cerró el contacto—. Coronel Donovich, la nave en dirección a su destino.

—Ahora mismo. La computadora ya tiene todos los datos, será sencillo.

—Envíe un mensaje a la base terrestre en Marte, advirtiéndole de nuestro alejamiento. El coronel Donovich asintió con la cabeza. Poco después, todos miraron la pantalla que constituía la mesa de reunión y que lo mismo podía ofrecer imágenes del exterior que planos estelares o cualquier dato escrito en la memoria de la computadora central de la nave.

Marte se alejaba lentamente, haciéndose cada vez más pequeño, mientras ellos partían hacia su destino en el que iban a encontrar más dificultades, problemas y muertes de las que el coronel Tad Zinabry había supuesto.

CAPITULO V

La nave de exploración, que ya nadie dejaba de llamar «Erizo», comenzó a atravesar el cinturón de asteroides.

En el puente de mando se mantenía una observación constante del radar electroatómico y de las pantallas que, debido a las cámaras de televisión colocadas en los ocho brazos de la gran esfera, controlaban totalmente el exterior.

La velocidad espacial de la nave era moderada. La computadora recibía los datos de los asteroides que habían de coincidir en algún punto de la ruta de la nave y modificaba la velocidad de ésta.

La altísima fiabilidad de la computadora hacía que los meteoros, algunos de ellos muy pequeños, pero otros lo suficientemente grandes como para destruir la nave por entero, pasaran por popa y proa sin rozarla siquiera.

De súbito, sonó la alarma roja en el puente de mando y Donovich se quedó mirando la pantalla del radar.

El comandante Zinabry se hallaba en aquellos momentos en la cafetería de la nave, punto de recreo donde se podía escuchar música general a voluntad o seleccionada por uno mismo; para ello, bastaba con colocarse unos auriculares en la cabeza que les aislaban del ruido ambiental y el centro del control proporcionaba la música seleccionada.

A Tad Zinabry le agradaba pasar por la cafetería. Allí se podía tantear la moral de sus hombres, se creaba más compañerismo y se saludaba o cambiaba impresiones sin oficialidad.

En aquellos instantes, mientras jóvenes de ambos sexos, civiles y militares, bailaban al ritmo de un under sincopado, entrando casi en éxtasis, Zinabry conversaba con el mayor Walterson.

El negro era alto y fornido, de frente abultada, casi filosófica. Su cabello escaseaba, por lo que cabía pensar que

no era de pura raza negra; quizá algún blanco se había contado entre sus ancestros y su mandíbula era recia y dura.

El mayor Walterson era un sujeto muy animoso. Reía con facilidad y no veía problemas a su alrededor, a menos que éstos fueran muy inquietantes. Era de los adeptos a la teoría de que el único problema insoluble era la muerte.

La doctora Vera Erickson se les acercó a la mesa. Parecía muy segura de su ciencia y de su anatomía, aunque se sabía algo mayor que la joven y al parecer un tanto solitaria Stella Flag, que se hallaba ante una mesa tomando café con los auriculares puestos, seguramente escuchando una música plácida y con siglos de antigüedad mientras repasaba una carpeta de datos.

—Por lo visto, la señorita Flag sabe entretenerse con su ciencia —observó la profesora Erickson sentándose junto a Walterson y Zinabry.

—Sí, todo este proyecto está basado en su ciencia —puntualizó Zinabry.

—Cualquiera diría que la admira, que le cae bien, comandante.

—Doctora Erickson, ¿me está hablando como simple amiga o también me incluye en la lista de sus observaciones psicológicas dentro del comportamiento psicoambiental de la nave?

—Oh, no, comandante.

La doctora no pudo continuar hablando mientras oscilaba su ajustado busto bajo la fina tela que cubría su cuerpo. Sin duda alguna, sus pechos eran extraordinariamente opulentos y quizá se valía de ellos para observar las reacciones de los varones que no

podían evitar admirarlos mientras ella escrutaba sus rostros.

En aquel momento, en medio de la cafetería, se encendió una lámpara circular, roja e intermitente.

La música ambiental cesó. Los que usaban cascos se los quitaron y todos, casi en silencio, abandonaron la sala. Era alarma roja y cada cual debía de ocupar su puesto.

—Controle todo el ambiente, doctora. Ya sabe, cuando menos se espera puede sobrevenir una Crisis nerviosa dentro de la nave y hay que atajarla rápidamente, porque las crisis producidas por el terror son contagiosas.

—No tema, comandante, todo está controlado. Mis ayudantes entrarían en acción nada más se produjera este percance.

—Mayor Walterson, que se cierren todos los compartimientos estancos de los víveres y demás productos almacenados. Si la alarma roja se ha dado, es porque hay algún peligro.

—En seguida, mi comandante.

—¡Señorita Flag! —llamó Zinabry.

La joven y rubia ingeniero se volvió hacia él como si acabara de descubrirle, lo que no engañó al comandante. Entre ambos se había creado una ligera tensión. Los dos eran comandantes de sus respectivas misiones, pero eran hombre y mujer, y ello podía producir algún roce, puesto que forzosamente pensaban de forma distinta.

—Sí, comandante.

—Acompáñeme al puente de mando. Si hay peligro, usted debe de estar allí. Después de todo, su proyecto es lo principal en esta expedición.

—De acuerdo. Creo que su observación es acertada.

Pasaron a un corredor y de allí a un ascensor que les condujo de inmediato a la antesala del puente de mando. Con paso rápido, ambos se acercaron al coronel Yuri Donovich que se hallaba frente a la mesa central, como si estuviera mirando hacia el espacio a través de un gran ventanal.

—¿Qué sucede, Donovich?

—Hay un meteoro que parece va a coincidir con nosotros en el punto dos cinco siete.

—¿No lo ha previsto la computadora? —inquirió Zinabry.

—Sí, lo ha previsto, pero el meteoro ha cambiado de ruta.

—¿Ha cambiado de ruta, dice? —insistió enarcando las cejas.

—Sí, y por dos veces —puntualizó Donovich.

Zinabry se colocó delante del micrófono y pulsando un botón ordenó:

—Control de cámaras, pongan filtro de infrarrojos de inmediato.

La pantalla cambió ligeramente de color. Los demás meteoros desaparecieron, pero el que estaba centrado en la imagen apareció más refulgente todavía, en color rojo.

—No es un meteoro, coronel Donovich, eso es una nave. Envíe rápidamente mensaje. Si no responde, hay que repeler la agresión porque es indudable que viene directamente hacia nosotros.

—¿Nos atacarán? —preguntó la ingeniero Flag, mirándole con sus ojos de un verde profundo.

—No lo sé todavía, puede tratarse de una nave de guerra rebelde que se haya escondido dentro del cinturón de asteroides para pasar inadvertida como un asteroide más. Si es así, tratará de impedir el paso de cualquier nave como la nuestra y nos atacará sin duda, especialmente si se percata de que somos una nave pacífica y no bélica.

—Nuestra nave está armada, ¿no?

—Sí, pero no para efectuar combates contra una nave de guerra rebelde que está muy

bien armada.

Yuri Donovich advirtió:

—No responden a la llamada, comandante.

—Sólo queda una forma de librarnos de ellos sin que causen daño a la nave.

—¿Cuál es su idea, comandante? —preguntó Donovich.

—Tomaré una de las naves salvamento con un piloto experimentado y saldré a hacerle frente.

Yuri Donovich frunció el entrecejo.

—Comandante, ¿sabe que no tiene nada que hacer frente a una nave como ésa, que lo que ocurrió en la Luna fue digamos una suerte para usted porque no se fijaron en su transportadora?

—Lo sé, pero tampoco espero que se repita la suerte. Yo seré el cebo y ustedes, desde aquí, apuntarán a la nave rebelde con el cañón de máximo alcance.

—Eso es como un suicidio por su parte —advirtió Stella Flag.

—Es posible, pero si esa nave se acerca demasiado, con la velocidad que lleva y amparándose entre los asteroides, le bastará un cañonazo de su láser atómico para desintegrarnos en el espacio. No me molestaría mucho que su proyecto se perdiera, señorita Flag, sino que murieran cuatrocientos seres humanos.

—En eso estoy de acuerdo con usted, pero puede mandar a otro; no tiene que ir usted forzosamente a su encuentro.

—No se preocupe. Si yo no regreso, el coronel Donovich es tanto o más apto que yo para llevar su proyecto a feliz término.

—Comandante, creo que exagera —objetó el propio Yuri Donovich.

—No, usted sabe que no. Puede llevar esta nave lo mismo que yo. Además, cuando yo esté en la nave de salvamento, usted se comunicará conmigo en la onda normal y me llamará por mi nombre, intercambiando datos que no sirven de nada, pero que sí logren confundir a los rebeldes.

—¡Comandante! —exclamó la bella ingeniero—. ¿Piensa utilizar su propio nombre para aparecer como cebo más apetitoso?

—El comandante Zinabry sabe lo que se hace, señorita Flag. Esos rebeldes le odian hasta la muerte. Creo que se sentirán satisfechos si lo último que consiguen en su vida es acabar con el comandante Zinabry, artífice de su derrota masiva a causa de los supercaza del espacio.

—Coronel, la nave queda bajo su mando, ya lo sabe. Cuando lo juzgue oportuno, utilice el cañón de gran potencia y destrúyalos o ellos nos destruirán a nosotros. Si no vuelvo, suerte en su exploración, señorita Flag.

Ella no respondió. En aquel momento, no supo qué decir; le miró, pero él ya se alejaba. Poco después, la computadora le proporcionaba el nombre del mejor piloto para naves de salvamento. Las había de diversos tamaños, pero elegiría la más pequeña, que era biplaza.

Unos minutos más tarde, mientras la nave enigma se aproximaba a la intersección de las dos naves, se presentaba ante Zinabry el piloto escogido. Era oriental, de rostro grave y ojos fríos.

Ambos se miraron antes de bajar la mirilla plástica del traje de supervivencia. Zinabry le dijo:

—Nos separaremos de la nave. Utilizaré el pequeño radar de a bordo para sortear los meteoros que puedan venir hacia

nosotros.

—Eso es muy peligroso en esta zona, comandante.

—Lo sé, pero vamos a salir a la caza de una nave de guerra que intenta atacarnos.

—¿Con una nave salvadora, señor?

—Sí. Parece una locura, pero llevaré un cañón portátil. Confío especialmente en el manejo que usted haga de la nave siguiendo mis indicaciones.

—Bien, comandante, trataré de no defraudarle.

Poco después, la nave partía de uno de los brazos del gigantesco «Erizo», dirigiéndose hacia la derecha de proa y apartándose de ella.

A Zinabry no se le escapaba que si perdía contacto con la gran nave, su situación sería harto comprometida.

Con la carlinga abierta y el cañón preparado, salieron en busca de la nave rebelde.

El piloto espacial resultó seguro y diestro en el manejo de la pequeña y sencilla nave que tampoco permitía malabarismos.

—Atención, atención, aquí central. ¿Me escucha, comandante Zinabry?

—Le escucho, coronel Donovich.

—Su ruta, comandante Zinabry, es la perfecta para atacar a la nave rebelde. Son datos de la computadora central.

—Gracias, cambio y corto.

—Comandante, esto les va a poner furiosos. Todos en el espacio saben quién es usted y lo que significa para los rebeldes —observó el piloto asiático.

—Sí, lo sé, y ahora somos el cebo. Hay que evitar colocarnos en la línea de tiro entre nuestra nave y la rebelde. Mientras nuestros enemigos intenten capturarnos a nosotros, la «Erizo» tratará de darle su merecido.

—Va a resultar una situación más que comprometida, comandante, pero será un honor vivirla a su lado.

—Si la podemos contar... De lo contrario, se hablará de nosotros en tiempo pasado — gruñó mientras montaba el cañón de forma que pudiera manejarlo por delante de su asiento.

Lo conectó a la red de energía de la nave y lo dejó preparado para ser manejado manualmente.

—Ya tengo la nave localizada en el radar, comandante —

dijo el piloto.

Hicieron la aproximación. Zinabry estaba seguro de que la nave rebelde habría interceptado los mensajes del coronel Donovich y por ello esperaba una reacción en contra de la pequeña nave que, desafiante como David contra Goliath, partía a su encuentro.

Hizo un primer disparo sabiendo sobradamente que tendrían tiempo de evitarlo. Era preciso que la distancia fuera más corta, pero aquella primera andanada irritaría a los rebeldes que no habían querido someterse y se mantenían camuflados en el cinturón de asteroides, esperando alguna gran presa como la que ahora acababa de aparecer.

Como había calculado, su disparo no hizo mella en la nave rebelde. Esta varió el rumbo e hizo dos disparos algo nerviosos que estuvieron a punto de desintegrarles.

—¡Vamos a por su panza! —pidió Zinabry al piloto a través del intercomunicador de su yelmo espacial.

La pequeña nave era más manejable que la pesada de guerra y consiguió situarse en un plano inferior. Hizo otros disparos, consiguiendo tocarla en un punto.

La nave rebelde comenzó a disparar en todas direcciones

tratando de alcanzarles, pero,

de pronto, la «Erizo» efectuó un disparo con su cañón de máxima potencia, tocando a la

nave bélica en forma mortal de necesidad, aunque no instantánea.

Ello dio tiempo a los rebeldes para hacer un disparo contra la «Erizo», dañándola también; se habían dado cuenta demasiado tarde de la añagaza del coronel Zinabry entreteniéndolos con sus alfilerazos láser mientras la distancia entre las dos grandes naves se acortaba y Donovich hallaba la oportunidad de alcanzarles, como así había sido.

—¡Vamos, rápido, hay que apartarse de esa nave, estallará en cualquier momento!

Cuando ellos se alejaban, de la panza de la nave rebelde aparecieron tres pequeñas naves de salvamento que trataron de huir a toda velocidad de su nave de guerra tocada.

De pronto, se produjo una horrísona explosión. Los ojos de Zinabry y su piloto se llenaron de luz mientras su nave era brutalmente zarandeada.

Rematando la acción, un meteoro de unas cincuenta toneladas de peso terrestre atravesó por la mitad la bola de fuego en que se había convertido la nave de guerra rebelde y alcanzó también a una de las naves de salvamento, destruyéndola, mientras la otra estallaba en el espacio, alcanzada por la explosión de la nave bélica.

Sólo quedó una de las tres que, inmediatamente, lanzó un mensaje:

—¡Atención, atención, aquí Tomtem, aquí Tomtem! ¡Nos rendimos, nos rendimos, solicitamos ayuda!

—Comandante, ¿qué hacemos con ellos? —preguntó el piloto asiático.

—Es un caso de conciencia. Esos tipos merecerían desintegrarse en el espacio, han estado a punto de desintegrar nuestra nave investigadora, no militar, con cuatrocientos seres a bordo y ahora piden ayuda.

—Es que con esa nave posiblemente no lleguen a Marte.

—Según la Convención del Espacio, cualquier astronauta, militar o no, que solicite ayuda en el espacio, debe de recibirla si el otro está en condiciones de darla. —Suspiró y luego

llamó a la «Erizo»—: ¡Atención, atención, comandante Donovich, aquí el comandante Zinabry!

—Le escucho, comandante, le escucho. Aquí el coronel Donovich.

—Una nave de salvamento rebelde pide ayuda.

—Le recuerdo, comandante, que no vamos en dirección a la Tierra, sino todo lo contrario.

—Lo sé, coronel Donovich, pero según la Convención del Espacio, debemos de prestarles ayuda. Deles la clave para que sean recibidos en la nave. Que pasen la inspección oportuna y que sean confinados en los calabozos. ¿Comprendido?

—Sí. Corto y cambio, comandante.

Y las dos pequeñas naves, la una vencedora y la otra derrotada, se dirigieron hacia la gran «Erizo» dentro de la cual desaparecieron.

CAPITULO VI

Habían entrado en la gran monotonía del viaje hacia Plutón. Tras alcanzar la velocidad de impulso tope, la nave, por sí misma, devoraba los cientos de miles de millas por minuto.

Se habían iniciado los turnos de hibernación controlados por el servicio médico de a bordo y los diez rebeldes habían sido hibernados en su totalidad dentro de la sala de calabozos para que no perturbaran la marcha normal de la nave ni consumieran los que más adelante serían preciosos víveres.

Faltando treinta y seis horas para llegar a la órbita de Plutón, fue deshibernado el comandante Zinabry, que tomó el mando en el puente.

El oficial de computadoras le recibió, notificándole:

—Todo perfecto, señor. De retrasamos unas horas más en el cinturón de asteroides, no habríamos podido alcanzar al planeta Plutón.

—¿Nos acercamos perfectamente?

—Sí, comandante. La computadora varió el rumbo catorce grados tres minutos y la intersección en la órbita solar de Plutón será algo más lejana de lo que se había previsto en un principio, pero se conseguirá debido a la gran velocidad impulsora que logró darle a la «Erizo».

—Perfecto. Creo que pondremos contenta a la señorita Flag, que hibernó con cierto malestar.

—¿Teme que no funcione a la perfección el sistema de inframicroondas en que está basado este proyecto de exploración interestelar?

—Fue dañado el sistema de inframicroondas con el disparo de los rebeldes. Se hicieron todas las reparaciones posibles, mas no hay seguridad en que el sistema funcione al máximo de fiabilidad. La señorita Flag no quiso reconocerlo totalmente para que la expedición no fracasara antes de iniciarse.

—Deseemos que todo vaya bien, comandante. Después de haber llegado a Plutón sería una lástima que el proyecto no

pudiera realizarse.

—Si no creyera en esa esperanza, no habríamos venido hasta aquí.

Dieciséis horas más tarde fue despertada la ingeniero señorita Flag; también Vera Erickson, el coronel Donovich y otros más.

Paulatinamente, fueron deshibernados todos los miembros de la misión O.P.E. 001 a excepción de los rebeldes capturados al rendirse tras el ataque dentro del cinturón de asteroides, ya muy lejanos en el tiempo y la distancia.

Todo quedó preparado para la entrada en órbita. Plutón estaba en el centro de la mesa que constituía la pantalla sobre la que se tomaban las decisiones del mando en la nave «Erizo».

La computadora asimiló los datos. Debido a la gran velocidad de empuje a que navegaban al rebasar las órbitas, corrían el peligro de terminar estrellándose contra la superficie del planeta al que ningún terrestre había llegado aún. Sólo habían arribado hasta allí naves no tripuladas de exploración para captar fotografías y datos de diversa índole.

Plutón era de un tamaño muy semejante al de la Tierra; su gravedad casi idéntica.

Su frío estaba muy cerca del cero absoluto y la luz, por su gran alejamiento del Sol, era muy escasa. Le rodeaba una atmósfera amarillenta de gases nitrogenados y su superficie

desnuda, hostil, helada y quebradiza a la vez, era muy rugosa, con profundos valles y altísimas montañas, sin vegetación ni vida.

Si aquel planeta fuera aproximado a la órbita solar, podía ser calentado, produciéndose entonces grandes cataclismos. Sus grandes abismos de hielo perpetuo se fundirían y entrarían en ebullición, produciéndose gases que reaccionarían con la atmósfera nitrogenada.

Podría comenzar la vida como millones de años antes había comenzado en el planeta Tierra; pero estaba allí, lejos del poderoso Sol, y el planeta seguía muerto en la oscuridad y el frío, desafiando a quien quisiera pisar su superficie. Cualquier tejido corría el riesgo de quebrarse como fino cristal debido al intenso frío. Sólo llevando un generador propio de calor se podía pisar aquella superficie que quizá ocultara grandes yacimientos de oro, uranio o cualquier otro elemento.

Tras invertir la posición de la gran nave esférica con sus ocho largos brazos, entraron en funcionamiento los potentes cohetes y su velocidad quedó frenada.

Entró en tangente orbital y poco después, con los motores parados, la nave orbitaba Plutón a la perfección.

Un grito de júbilo se produjo en toda la nave.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Stella Flag, mostrando euforia por primera vez desde que se hiciera cargo de la misión.

Siempre se había mostrado fría, distante y un tanto dura.

—Bien, señorita Flag, le he colocado la nave donde quería. Ahora el espacio es suyo. Sólo tenemos el tiempo que nos resta de rotación solar hasta completar la mitad del perihelio plutoniano, que equivale a la órbita solar que describe Neptuno. Luego, tendremos que emprender el regreso a la Tierra o envejeceríamos tanto que moriríamos aquí, alejados de todo.

—No creo que nadie de nosotros consiguiera sobrevivir los doscientos cuarenta y ocho años que Plutón tarda en dar la

vuelta al Sol.

—La experiencia ha sido calculada para tres años. En el último momento, antes de partir, será desensamblada en esta órbita la pantalla de emisión y recepción de inframicroondas que seguirá funcionando con una pila átomo-hidrónica que tendrá una duración de quinientos años, los suficientes para que Plutón dé dos vueltas alrededor del Sol. Las señales que reciba dicha pantalla serán transmitidas, amplificadas, a la base de ex- ploración terrestre, pero creo que los tres años que permanezcamos aquí bastarán para obtener algún resultado, además de preparar la antena satélite que quedará fija aquí sin tripulación y que, por espacio de quinientos años, nos irá proporcionando datos. Si hay vida inteligente en otro sistema solar, de lo que estoy completamente segura, terminaremos por recibir sus datos en la Tierra y se establecerá por primera vez en la historia de la Humanidad comunicación con extraterrestres.

—Se ha escrito mucha literatura al respecto, pero yo he nacido como quien dice en una nave espacial y jamás he visto nada que se moviera con vida propia fuera del planeta Tierra.

—Sigue siendo muy escéptico, comandante Zinabry, pero si la fortuna nos acompaña se dará cuenta de que este proyecto merecía la pena.

—Si usted lo dice, señorita Flag. Yo, como comandante, no daré el mal ejemplo de ser el primer incrédulo. Le deseo los mayores éxitos en su comunicación con otros seres del espacio y espero que se puedan entender.

—Si son de elevada inteligencia, no lo dude. Traemos la mejor computadora de claves

de guarismos, que son los empleados para este tipo de mensajes y observaciones.

—Bien, pues comencemos a trabajar, la nave es suya. Pueden empezar a desplegar su super antena mientras nosotros nos dedicamos a explorar el planeta Plutón.

—¿Piensa enviar a alguien abajo?

—Posiblemente lo haga para recoger muestras y hacer una observación más minuciosa. Una de las constantes de todas las naves exploradoras es descubrir fuentes energéticas y elementos puros valiosos para nosotros. A la larga, todos pueden ser explotados en bien de nuestra civilización, que cada vez precisa de más y más reservas energéticas.

—Entonces, todos tendremos trabajo. Deseémonos suerte mutua en nuestra labor para que a nuestro regreso podamos estar satisfechos de nosotros mismos y quienes nos reciban (que ya no serán los que dejamos debido al proceso de alargamiento que llevamos de la vida gracias a las hibernaciones) nos estrechen las manos y nos digan: «Buen trabajo».

Vera Erickson quiso añadir algo mientras todos sonreían.

—Esperemos que quienes nos reciban en la Tierra piensen como nosotros y no sean enemigos de nuestra actual civilización, porque, no lo dudemos, es un riesgo que debemos de correr al habernos alejado tanto.

Mentalmente, todos desearon que la observación de la doctora Vera Erickson no se transformara en realidad.

Aquel viaje significaba mucho para todos los miembros de la nave. Era una gran misión de hermandad hacia los posibles habitantes del espacio y cuantos allí estaban no eran casados. Este era un punto importante a considerar, ya que la generación humana se habría renovado totalmente a su regreso a la Tierra.

CAPITULO VII

La gran antena parabólica se hallaba situada entre dos de los gigantescos brazos que sobresalían de la gran esfera que constituía el núcleo de la nave «Erizo».

Pasaron los días y la investigación semejaba funcionar con normalidad.

La señorita Stella Flag, con ayuda de la computadora de claves de guarismos y su equipo de colaboradores científicos, había estudiado muy bien el plan y enviaba cuatro tipos de mensajes distintos y consecutivos.

Sin duda alguna, en el caso de existir vida inteligente en el punto donde estaba enfocada la antena, recibirían las señales y, si poseían los medios avanzados suficientes, terminarían por contestar.

En la nave todo parecía tranquilo en principio. Luego, sobrevino algo de tedio y hubieron ciertos conatos de degradación de la disciplina. Sólo funcionaba la pila energética para mantener la vida a bordo; los motores estaban parados, únicamente se ponían en marcha para dar un giro rotatorio a la nave y que la antena parabólica estuviera siempre situada hacia el sistema estelar de Sirio.

Si los mensajes no hallaban respuesta allí, pasarían de largo hacia otras estrellas más distantes, con sus correspondientes planetas girando alrededor de ellas.

Tad Zinabry comprendió que aquella rutina no iba bien para la tripulación y todavía quedaba mucho tiempo por delante.

A aquella hora, ciento veinticuatro mil doscientas doce con treinta y dos minutos, del reloj atómico de a bordo, requirió la presencia de la doctora Vera Erickson.

La propia doctora le había comunicado que acudiría inmediatamente a su despacho, y así lo hizo, pero muy ligera de ropa y con la cabellera pelirroja suelta.

Sus labios estaban subidos de color y sus ojos muy brillantes. Tad comprendió que el aburrimiento había alcanzado incluso a la psicóloga que, para matar el tedio, había escogido el camino de la coquetería, pues presentarse con aquellos pantalones tan ceñidos y como única protección pectoral unos sujetadores de seda que colgaban del cuello, no era lo más correcto, aunque los civiles tenían opción a vestir dentro de la nave como mejor quisieran, siempre que no se impusiera el traje de supervivencia espacial por algún motivo de alarma.

—¿Deseaba hablar conmigo, Tad?

—Soy el comandante, doctora Erickson. No es que me agrade recordárselo, pero creo que se hace necesario.

—Ah, sí, claro, el comandante Zinabry —ronroneó—. Todo el mundo cuenta hazañas sobre usted y, como hay personal muy joven, son muchos los que desearían parecerse a usted. Y una de las causas, ¿sabe cuál es?

—No, y no me importa.

—Pues que las mujeres hablamos mucho de usted.

—Doctora Erickson, la moral se está resquebrajando a bordo. Se habrá dado cuenta ya, ¿no? No me gustaría tener que imponer medidas duras y disciplinarias para restaurar el orden.

—No sea tan drástico, comandante. ¿No es así como quiere que le llame? —Hizo una pausa y, aunque parecía increíble, aquel pantalón tenía un bolsillo justo sobre la nalga derecha. De él sacó una pitillera de piel—. Verá, comandante, los métodos drásticos han sido los que, a lo largo de la historia, en naves como ésta con prolongados períodos de

aislamiento total, han provocado los motines que han sido causa de muchas desgracias y también fracasos. No querrá usted ser responsable de que la misión fracase porque su carácter sea duro y frío.

Recalcó la última palabra con mucha intención,

manteniendo la mirada de sus grandes

ojos clavada en el hombre de rasgos altamente viriles, pero cuyos ojos no parecían zozobrar en las oleadas cálidas y desafiantes que ella le lanzaba.

—Señorita Erickson, estamos en un momento que casi calificaría de tedio, porque todos se han cansado de ver la imagen del planeta Plutón y éste ha sido fotografiado por entero, poseyendo ya la nave un mapa completo de su superficie; pero queda mucho más tiempo por delante y no quiero que el personal de a bordo sea débil y abúlico. La cafetería permanece llena en todos los momentos.

—Sí, no hay mucho trabajo que hacer. La computadora central realiza prácticamente todas las tareas y no se les puede reprochar que se diviertan.

—Tengo informes de varios incidentes en la cafetería.

Problemas de tipo sexual/

—Sí, es una lástima que haya más hombres que mujeres. El hombre, con sus cromosomas X-Y, es un luchador nato cuando pretende a una hembra. ¿No opina usted lo mismo, comandante? Por cierto, ¿quiere un cigarrillo de éstos? No son tóxicos y sí muy relajantes.

—¡Basta!

Tomó la pitillera y la arrojó a la papelera ante la sorpresa de

la doctora. Luego, agregó:

—La cafetería será cerrada en períodos de tres horas, se establecerán guardias dobles. Voy a montar un servicio de trabajo que quizá sea innecesario, pero que aumentará la seguridad de la nave y del proyecto, a la par que dará ocupación al personal. Escogeremos monitores especialistas en diversas ramas y se darán cursillos para que el personal aumente su capacitación y pueda aspirar a mejores puestos a

nuestro regreso a la Tierra.

—Comandante Zinabry, se pone usted demasiado duro y frunce el ceño, está preocupado sin duda. Con todo lo que me acaba de decir, va a poner de muy mal humor al personal que ya se ha habituado un poco a la vida muelle.

—Impondré las sanciones pertinentes a los que ofrezcan resistencia. Vamos a preparar unos descensos al planeta Plutón, quizá esto anime más al personal. En cada uno de nosotros los astronautas anida el espíritu de la exploración. Bajaremos y tomaremos muestras mientras aquí, en la nave, el proyecto principal sigue adelante. En cuanto a usted, espero que cambie un poco de actitud y cada veinticuatro horas me pase un informe completo del ambiente a bordo. Si su trabajo no me convence, sentiré mucho retirarle el cargo que ostenta y pasará al estado de hibernación hasta que volvamos a la Tierra, de forma que su presencia no consumirá nada, ni siquiera oxígeno, y su ayudante más directo le sucederá en el cargo.

Ante tan grave amenaza, la doctora Erickson se irguió, encrespándose en la butaca. Su busto destacó más, emergiendo por encima de la mesa de Tad Zinabry.

—¡Usted no puede hacerme esto! —gritó—. ¡Mi cargo fue otorgado por el consejo del Monogobierno terrestre y usted está muy por debajo de los políticos y generales que me dieron este puesto!

—Señorita Erickson, no sé cómo se las arregló para que la nombraran. Quizá es que alguien pensó que lo mejor era tenerla lejos y la mandó a Plutón. Es usted muy peligrosa, pero lo que sí quiero que sepa es que por muy generales o políticos que fueran quienes la metieron en este cómodo cargo, debido, por supuesto, a sus estudios, nada pueden hacer ahora porque el comandante de la nave y por lo tanto único jefe soy yo. Cualquier

insubordinación la consideraré como motín, doctora Erickson. Creo que está a tiempo de enmendar su conducta.

—Está bien, comandante Zinabry. Recibirá sus informes cada veinticuatro horas, pero yo también haré mis informes para el regreso —replicó molesta y desafiante.

Se levantó y, dando media vuelta, abandonó el despacho.

Cuarenta y ocho horas más tarde, regían tajantemente las órdenes del comandante de la nave y éste se dirigía con una expedición de quince hombres, en una nave de descenso, al planeta Plutón para examinarlo más de cerca, recoger muestras y localizar posibles yacimientos dentro de aquel mundo muerto.

Mientras, la señorita Stella Flag fue alertada de que su emisor-receptor de infra- microondas sufría una extraña avería que descontrolaba el sistema.

—Saldré yo misma al exterior para examinar de cerca el núcleo de la antena, pues parece que allí no andan muy bien las cosas.

Se hizo acompañar por dos especialistas de la antena y Su funcionamiento, pues se temía que algún pequeño meteorito no controlado por el radar central la hubiera dañado.

El coronel Yuri Donovich comandaba la nave en ausencia de Zinabry, que se hallaba de exploración en la superficie de Plutón.

Las tres figuras de astronauta, con los vivos colores de sus trajes iluminados por
potentes focos en la intensa oscuridad que les rodeaba, pues el Sol sólo era un punto luminoso muy lejano, comenzaron a avanzar agarrándose al esqueleto metálico de la gran antena parabólica.

Iban sujetos entre sí por una cuerda de seguridad y sólo uno de ellos portaba cohetes propulsores para un caso de emergencia.

Ninguno de los tres imaginaba siquiera lo que iban a hallar en medio de la antena.

CAPITULO VIII

La señorita Flag y sus dos ayudantes arribaron al centro de la antena parabólica, el punto más sensible de la misma, y quedaron atónitos observando lo que allí había sucedido.

Stella Flag no apartaba sus ojos de aquellas cosas y los dos hombres la miraron interrogantes, como si esperasen que ella, que era su superior, les diese una explicación respecto a lo que allí había ocurrido.

Había como un centenar de pequeñas cosas pegadas a los finos y sensibles alambres de la antena. Tenían el tamaño de un caracol medio, eran ligeramente ovoides y de color pardo. Su superficie era lisa y mateada.

—¿Qué será esto, señorita Flag? No parecen meteoritos —preguntó Neweek, uno de sus ayudantes.

El otro, antes de que ella respondiera, opinó:

—Parecen semillas vegetales, pero esto resulta muy extraño aquí. Estamos a muchos millones de millas de la Tierra.

Stella Flag seguía absorta mirando aquello. Estiró su mano y arrancó varios, que salieron con facilidad del alambre en que se hallaban pegados.

Pero uno escapó de su mano, flotando en el espacio, pues, como era lógico, no había gravedad. Neweek lo atrapó con su mano, evitando que escapara.

—Parecen esporas —dijo ella.

En aquel instante, recibieron una comunicación del interior de la «Erizo».

—¡Atención, atención, señorita Flag, atención!

—Aquí Stella Flag, escucho.

—Soy Maclane, del servicio de mantenimiento. Hemos descubierto el problema de la avería.

—¿Y cuál es, según usted?

—Muy claro, señorita Flag —respondieron desde la nave con seguridad aplastante mientras, afuera, ella se mostraba

irónica y sus ayudantes un tanto excitados.

—Faltaba la lámpara reguladora de transformación y hemos estado emitiendo en rayos taquiónicos. Ha sido inexplicable la falta de esta lámpara, pues no aparece por parte alguna. Otra cosa hubiera sido que se hubiera estropeado, pero el hueco está vacío y no puede hacer más de una hora que falta de su sitio.

—Es muy interesante lo que acaban de notificarme.

Regresamos al interior de la nave.

—De acuerdo. Cortamos y fuera.

—Señorita Flag, ¿limpiamos la antena de esto que usted llama esporas? —preguntó uno de los ayudantes.

—No, no las toque. Las llevaremos al laboratorio para que las analicen y después determinaremos en consecuencia. Si la antena ha de quedar en órbita plutoniana durante quinientos años de funcionamiento, debemos de conocer los problemas con que se va a tropezar y este hallazgo es un nuevo problema.

Neweek, que sostenía una de las esporas en su mano enguantada, preguntó:

—¿Tendrá que ver este hallazgo con la desaparición de la lámpara reguladora de transformación?

—Lo ignoro. Todo es muy extraño y antes de tomar una decisión hay que estudiar las causas. Además, creo que será bueno consultar con el comandante Zinabry sobre el particular.

—La antena está a nuestro cargo —objetó uno de sus subordinados.

—Es cierto —admitió Stella— pero está la desaparición inexplicable de una lámpara dentro de la «Erizo» y ese detalle tendrá que ser aclarado; no pueden haber sido estas esporas que hay aquí. Ahora, regresemos. No pasa nada porque estemos unas horas sin emitir.

Stella Flag guardó las esporas recogidas en una bolsa plástica que llevaba consigo, adosada al cinturón de seguridad. Utilizando el mismo sistema que a la salida, regresaron al interior de la nave.

Se quitaron los trajes de supervivencia, ya dentro de la atmósfera artificial.

Stella Flag sacudió sus cabellos platinados; no le agradaba estar dentro de uno de aquellos pesados trajes. Tomó la bolsa plástica en que había encerrado las esporas y se volvió hacia Neweek, pidiéndole:

—Deme la suya.

—¿Cómo?

—Sí, la espora que usted ha cogido cuando flotaba en el espacio, lo he visto perfectamente.

Neweek podía haber mentido pero no lo hizo, era un hombre sincero por naturaleza.

—Lo siento, señorita Flag.

—¿Qué quiere decir, la ha soltado de nuevo? ¿Acaso se le ha escapado mientras regresábamos?

—No, es que he sentido un extraño impulso.

Stella Flag miró inquisitivamente a su ayudante.

—Por favor, explíquese de una vez.

—No comprendo cómo ha sido, pero he sentido un imperioso deseo de tragármela.

—¿Qué?

La extrañeza de Stella Flag fue idéntica a la del otro

ayudante. Ambos se lo quedaron mirando mientras Neweek sufría ante sus miradas como niño cogido en falta. Sintió la necesidad de excusarse y minimizar lo que había hecho.

—Bueno, no he podido remediarlo, ha sido un impulso rápido, diría que casi violento. Hace poco la tenía en la mano, me la he llevado a la boca y me la he tragado, eso es todo. No creo que debamos de preocuparnos porque se haya perdido una, afuera hay por lo menos un centenar pegadas al centro de la antena.

—¿Está usted loco, Neweek? Un objeto desconocido, hallado en el espacio, y se lo traga como si fuera un caramelo. Puede tener fatales consecuencias para usted.

—Me siento bien, no me sucede nada. Es como si me hubiera tragado una píldora grande o una cápsula de quimioterapia.

—Pues, esa espora tiene un tamaño bastante considerable —objetó el otro compañero.

—Neweek, preséntese inmediatamente en la enfermería. Explíquele al doctor Rodríguez lo que le ha ocurrido y quédese bajo observación.

—No creo que sea para tanto, señorita Flag.

—Es una orden, Neweek, queda relevado de su servicio. Yo misma hablaré con el doctor Rodríguez después de pasar por el laboratorio.

—Como usted ordene, señorita Flag —aceptó a regañadientes. Molesto, Neweek se retiró y Stella Flag le dijo a su otro ayudante:

—Vaya a la instalación y hable con Maclane para comprobar la falta de la lámpara de transformación reguladora. Hemos de redactar un informe para el comandante Zinabry,

se trata de un hecho oscuro que es preciso aclarar.

Stella se dirigió al laboratorio. Allí, Noemi Pavich, una bióloga, observó con atención las esporas y sentenció:

—Sí, en apariencia son esporas.

Tomó unas pinzas y sin tocar un sólo momento una de ellas directamente con las manos, la suspendió en el aire y la colocó sobre una balanza. Luego, declaró:

—Su peso específico estará entre uno y uno coma dos. Ya lo calcularé con mayor exactitud y comprobaré si todas responden igual.

—Estúdielas a fondo, Noemi. Tenemos un montón de ellas pegadas a la antena, perturbando su funcionamiento.

—Esto parece tener vida. Sería un gran hallazgo, a esta distancia solar.

—Las dejo en sus manos. Ah, tenga mucho cuidado con ellas.

—¿Por qué, teme que me muerdan? —preguntó Noemi Pavich, la bióloga de la expedición.

—No creo que le muerdan, pero Neweek ha sentido un impulso repentino y se ha tragado una sin poder evitarlo. Ahora se encuentra en la enfermería.

—Caramba, qué extraño resulta eso. Tendrán que consultar a la psicóloga doctora Erickson, a ver qué explicación da al suceso. Es absurdo tragarse una cosa como ésta, hallada en el espacio, cuando se ignora qué es en realidad.

—Sí, eso nos hemos dicho todos, pero Neweek se la ha tragado y la situación ya no tiene remedio. No vaya usted a hacer lo mismo.

—Descuide. Soy bióloga, no cometería jamás ese error —sentenció mirando las esporas, ahora encerradas dentro de un cristal hermético.

Stella Flag se dirigió al lugar donde había desaparecido la lámpara y que ya había sido repuesta por otra, facilitada por el mayor Walterson, quien anotaba la falta de la lámpara que debía suponerse

deteriorada y en cambio había desaparecido inexplicablemente.

En aquellos momentos se produjo una llamada por el intercomunicador.

—¡Atención! ¿Está ahí la señorita Flag?

La propia ingeniero se dirigió al intercomunicador y respondió:

—Sí, estoy aquí. ¿Quién llama?

—Soy el doctor Rodríguez, señorita Flag. La llamo desde la enfermería.

—¿Le sucede algo a Neweek?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Qué ha ocurrido, doctor?

—Neweek ha muerto —fue la lacónica explicación del médico que dejó en suspenso a quienes acababan de escuchar la noticia.

CAPITULO IX

El comandante Zinabry se hallaba con el ceño fruncido, el gesto preocupado. Había algo de ojeras en sus ojos.

Estaba exigiendo mucho a sus hombres, pero partiendo del principio de que él era quien debía de dar ejemplo para levantar la moral a bordo de la nave, para que su ambiente psíquico no se degradara hasta el extremo de ser funesto para el proyecto y para quienes lo estaban llevando a cabo.

Junto a él estaba Donovich, que había actuado de comandante en su ausencia, mientras Zinabry inspeccionaba *in situ* el planeta Plutón.

—Dio una orden perfecta, Donovich. El silencio momentáneo, las más prudentes reservas sobre la muerte de Neweek, era lo mejor. Uno puede fiarse totalmente de un puñado de hombres, pero aquí somos cuatrocientos entre hombres y mujeres; podría crearse un ambiente negativo de temor.

—Creí que lo mejor era no hacer nada y pedir a quienes tenían conocimiento del caso el más absoluto silencio hasta su regreso a la nave.

—Correcto.

En aquel instante se abrió la puerta, dando paso al doctor Rodríguez y a la ingeniero Stella Flag.

Zinabry los observó a ambos, primero a uno y luego al otro. El médico miró a Stella como invitándola a hablar.

—Fue un tremendo error por parte de Neweek tragarse esa cosa desconocida. Inmediatamente, lo mandé a la enfermería.

—Sí, ya tengo todos los datos al respecto, el coronel Donovich me ha pasado el informe; sin embargo, quiero detalles más especiales. ¿Ha practicado la autopsia, doctor?

—No, señor.

Ante la rotunda negativa, Zinabry inquirió de nuevo.

—¿Por qué?

—Esperaba sus órdenes, comandante. Según el Tratado del Espacio, cuando se produce una muerte en el espacio hay que liofilizar el cadáver para que al regreso al planeta Tierra se pueda investigar con medios que aquí, por supuesto, no poseemos.

—Eso ya lo sé, doctor, pero nuestra misión escapa un tanto a las normas establecidas, habida cuenta de la gran distancia que nos separa de la Tierra y al tiempo que aún tardaremos en regresar a ella. Hay que conocer el motivo de la muerte para defendernos contra cualquier otro posible caso.

—Haré la autopsia bajo su responsabilidad, comandante.

—Por supuesto que bajo mi responsabilidad.

—No quiero que se moleste, señor. Para mí será una satisfacción investigar cuál ha sido el motivo de esta muerte, pero me atenía a las normas.

—Ha hecho muy bien, doctor. Espero que los demás que están a bordo hagan como usted.

—Entonces, me voy a la enfermería.

—Aguarde, doctor, le acompaño. Coronel Donovich...

—Sí, comandante.

—Controle el puente de mando mientras trato de aclarar un poco más este oscuro asunto.

—Sí, comandante.

—Señorita Flag, ¿qué explicación le da a la desaparición de esa lámpara reguladora de su equipo emisor- receptor de inframicroondas?

Stella quedó pensativa, como si antes no hubiera previsto la posibilidad de tener que dar aquella respuesta, cuando era todo lo contrario. Hizo un ligero encogimiento de hombros y respondió:

—No lo sé, con franqueza.

—¿Es posible que tengamos un ladrón a bordo?

—¿Un ladrón a bordo? —se preguntó en voz alta el doctor Rodríguez.

—Es absurdo, ya lo sé, pero hay que dar una explicación a un hecho que puede estar íntimamente ligado con una muerte.

—Robar una lámpara de este tipo no creo que pueda dar beneficio a nadie en la nave
—concretó Stella Flag con bastante seguridad.

—Sí, eso pienso yo, pero eso hace que la situación sea todavía más grave.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Sencillamente, porque como no ha podido ser sustraída desde el exterior, ya que pertenece a un complejo electrónico instalado dentro de la nave, sólo nos quedan dos posibilidades: O se trata de un sabotaje o en la nave hay un psicópata.

Todos se miraron entre sí tras oír las palabras concluyentes de Zinabry. Al fin, el médico
observó:

—Yo no creo en un sabotaje. En la nave hay piezas más fundamentales para hacer sabotaje.

—Entonces, doctor, ¿cree en la hipotética existencia de un psicópata a bordo? —
preguntó Stella.

—No lo sé. Investigarlo no es asunto mío, sino de la doctora Erickson.

—Doctor, usted hablará con la doctora Erickson acerca del

robo de la lámpara y de que creemos que puede haber alguien en peligro de perturbación mental a bordo. Que examine todos los datos del personal e intente averiguar quiénes pueden ser los afectados. Tengamos en cuenta que últimamente han habido incluso peleas en la cafetería.

—Eso es cierto —aceptó Rodríguez—. Ella podrá investigar y hallarlo.

—Bien, pero no le diga nada acerca de la muerte de Neweek. ¿Comprendido?

—Sí, comandante.

—Ahora, señorita Flag, ¿qué opina usted de esas supuestas esporas que encontró adheridas a la antena?

—Pues, que hay más. Sólo trajimos unas cuantas como muestra, pero afuera hay muchas y no comprendo cómo están ahí.

—¿Podría tener algo que ver una emisión de flujo de taquiones al hallarse ausente la lámpara reguladora?

—No lo sé, sinceramente. Es un caso rarísimo, pero haciendo muchas hipótesis...

—Continúe, por favor.

—Pensará que la demente soy yo, pero un flujo de taquiones puede viajar a mucha mayor velocidad que la luz.

—¿Quiere decir, siempre en hipótesis, que la antena lo mismo ha emitido un flujo de taquiones que ha recibido tales flujos, y que lo que podían llevar esos taquiones se ha transformado en esporas al contacto con la antena?

—Comandante, ya conoce usted las experiencias que se realizan para que seres vivos viajen a la velocidad de la luz, es decir, transformar al ser vivo enteramente en luz, pasarlo

por una especie de cañón láser de superconcentrado y enviarlo a otro punto, a un planeta distinto, donde la energía lumínica se transforma de nuevo en el ser vivo que antes se había desintegrado. De esta forma, se viaja a la velocidad de la luz sin sentirlo en absoluto.

—Sí, pero eso es un sueño todavía, aunque vaya camino de convertirse en realidad.

—Quién sabe si otros seres, en alguna parte del Universo, han conseguido ya hacer funcionar este sistema, pero no en simples fotones, en energía lumínica, sino en taquiones, que son mucho más veloces. Además, tampoco es lo mismo enviar todo un cuerpo que una digamos larva, más o menos liofilizada, dentro de una cápsula que es la espora y que ha de protegerle contra el ambiente hostil que pueda rodearle, sea de frío o calor.

—Es una teoría muy interesante, señorita Flag. Según lo que acaba de exponer, tenemos larvas de extraterrestres pegadas a la antena parabólica. Todo un éxito. Nos conformábamos con unos mensajes a través de inframicroondas y resulta que mucho antes de lo que esperábamos tenemos a los extrasolares en persona.

Stella Flag se puso roja por lo que consideró una burla de mal gusto. Se sintió en ridículo y dio media vuelta para marcharse, pero el propio Zinabry, alargando la mano, la cogió por el brazo, reteniéndola.

—No se moleste, señorita Flag, no es mi propósito reírme de usted. Estamos hablando

de hipótesis y debe de reconocer que la suya es muy fantástica. Hemos pasado décadas y décadas buscando al alienígena que siempre ha aparecido en las novelas de ciencia ficción y ahora resulta que ya lo tenemos, al menos, en estado de espora.

—Soy una ingeniero, no bióloga. Esa palabra la dará quien corresponda, comandante.

—Por supuesto, señorita Flag, y si todo es como usted supone, tendrá el honor de haber sido el primer terrestre en

toda la historia de la Humanidad que ha cogido a un extraterrestre con sus propias manos. Ahora, vayamos a la enfermería, por favor; un cadáver nos espera.

CAPITULO X

El doctor Rodríguez pulsó el botón de la puerta de la enfermería y la hoja, corrediza y metálica, se abrió rápidamente.

—Mi ayudante estará esperándonos —dijo a quienes le acompañaban, que eran Stella Flag y el comandante Zinabry —. A estas horas no hay revisión médica y nadie más que él está aquí dentro.

Pasaron por la salita de espera y luego se internaron en el recinto de la enfermería. Adjunto a la misma había un quirófano y en una pared al fondo, una hilera de cincuenta cajones empotrados, de unas treinta pulgadas de lado.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —exclamó Stella Flag.

En el suelo, yacía un hombre boca abajo. Zinabry se apresuró a volverlo al tiempo que el médico exclamaba:

—¡Es mi ayudante!

—Doctor, yo no soy el médico para diagnosticar, pero su ayudante está muerto.

—Pero, doctor, usted ha dicho que el muerto era Neweek —puntualizó Stella.

—Exactamente, y ahora veo que mi ayudante también está muerto. —Se inclinó sobre el cuerpo y determinó—: Fíjense en las manchas azules de su cuello, es una es- trangulación de carótidas hecha por alguien que tiene una fuerza singular en los dedos.

Zinabry gruñó:

—Doctor, ¿insinúa que tenemos un asesino en la nave?

—Eso parece. Nadie más puede hacerlo, estamos en los confines de nuestro sistema solar.

—Es cierto, y después de lo de la lámpara... —musitó Stella.

—La situación se agrava por momentos, doctor. Habrá que hacer una investigación a fondo de quién pueda ser el asesino y lo sacaremos aunque tenga que pasar a todo el personal por la enfermería, inyectándole la droga de la verdad.

—Admito que la situación es grave, comandante, pero más grave será cuando se sepa en toda la nave que hay un asesino entre nosotros.

—Bien, doctor, no creo que haga falta hacer la autopsia a este hombre cuando su forma de morir está tan claramente expuesta en esas manchas azuladas, manchas que servirán para obtener un informe de la mano que lo asesinó.

—Bien. Si lo ponemos dentro del liofilizador, se mantendrá perfectamente para averiguar lo que queramos de él.

—Pues, abra uno de esos cajones. Lo encerraremos antes de que cunda la alarma general.

El doctor Rodríguez abrió uno de los cajones de brillante acero. Entre él y Tad Zinabry, en presencia de Stella Flag, que se hallaba evidentemente nerviosa, lo introdujeron en el liofilizador.

—Ahora, veamos el cadáver de Neweek.

—Sí, claro. Aunque esté solo, puedo hacer la autopsia perfectamente.

Abrieron el cajón ataúd y ante ellos apareció lo inesperado, lo increíble y a la vez terrorífico.

Stella Flag no pudo evitar lanzar un grito de horror.

Tad Zinabry, que estaba junto a ella, la abrazó con fuerza dándole ánimos y protección al tiempo que le volvía el rostro para que no mirara.

—Válgame el cielo, esto no lo comprendo. Soy un científico y no puedo comprenderlo
—exclamó el doctor Rodríguez.

Dentro del cajón, contra lo que habían esperado hallar, yacía un esqueleto sin una sola gota de agua, un gramo de grasa ni una molécula de carne.

Los huesos semejaban recién hechos por una máquina de fabricar esqueletos de plástico. Habían quedado completamente limpios, como si acabaran de pulirlos con ácido. Allí no había nada más de Neweek, si es que aquel esqueleto le pertenecía. El resto, absurdamente, había desaparecido.

—Si se hubiera gasificado el cuerpo, el gas estaría en alguna parte, ocupando un volumen muy grande.

—Es cierto, comandante. Estoy confundido. Además, el tiempo en que ha ocurrido todo ha sido brevísimo.
Luego, está el asesinato de mi ayudante. —Suspiró profundamente y mirando a los ojos
de Zinabry, con voz ronca cargada de sinceridad, le dijo—: Me temo que la situación es grave. No sé lo que ocurre, pero es grave.

Por su parte, Stella musitó:

—Siento un escalofrío en la espalda. Temo que algo maligno y desconocido nos amenaza.

Zinabry interrogó:

—¿Creen que esas malditas esporas tienen algo que ver con la muerte del ayudante y con ese extraño fenómeno de esqueletización ultrarrápida de Neweek?

—Todo esto sólo cabe atribuirlo a algo desconocido, y lo único desconocido de lo que tengo referencia hasta ahora son las esporas que ha traído del exterior la señorita Flag.

—Dios mío, qué horror. No pretenderá decir que he traído la muerte a la nave,
¿verdad?

—No se sienta culpable de nada. Primero, veremos qué son esas esporas. ¿Dice que las entregó a la bióloga?

—Sí —asintió Stella que, cerrado de nuevo el cajón liofilizador, ya fuera de su vista el esqueleto de aquel hombre que unas cuantas horas antes fuera su subordinado, se había tranquilizado un tanto.

—Bien, pues ya que tenemos una muestra de ellas, vayamos al departamento de Biología. Mientras, usted, doctor, mantenga silencio hasta que se tome una decisión al respecto.

—De acuerdo, comandante, pero me temo que el mal se ha internado en nuestra nave y va a ser muy difícil sacarlo de ella.

Zinabry y Stella se dirigieron al departamento de Biología.

Al abrir su puerta y pasar al interior de la dependencia, recibieron otra desagradable sorpresa.

—¡Dios mío, comandante, ahí!

Tras la mesa, abatido, estaba el cuerpo de Noemi Pavich, como si se hubiera dormido bruscamente.

Zinabry se le acercó para tomarle el pulso. Luego, levantó la cabeza y comunicó:

—Ha muerto.

—¿Otra víctima? ¿Qué va a ser ahora? ¡Esto es el caos!

—No debemos de desesperar todavía. Las muertes tendrán un orden, una causa lógica.

—¿La han asesinado de la misma forma que el ayudante del doctor Rodríguez? Ante la pregunta de Stella Flag, Tad examinó el cuello de la bióloga y respondió:

—No tiene marcas en la garganta, si es a lo que se refiere, pero lo inamovible es que ya ha muerto y nada podemos hacer por ella.
—Sin embargo, no hay signos de violencia por parte alguna —observó la muchacha.
—Es cierto, tampoco los había en la enfermería. Es como si los crímenes se hubieran cometido sin lucha.
—Todo esto es muy inquietante.
—Lo es. Han habido varias muertes y hay que tomar decisiones rápidas y drásticas o la cadena de crímenes seguirá añadiendo eslabones antes de que hayamos logrado averiguar algo.
—Pero ¿quién puede haber causado estas muertes?
—No lo sé, no soy adivino, pero parece indudable que esas malditas esporas tienen algo que ver.
—¿Me hace responsable de lo ocurrido?
—En absoluto. Usted tomó todas las precauciones, lo absurdo fue que Neweek se tragara una de ellas. Por cierto, entre el esqueleto no estaba la espora.
—Es verdad —admitió Stella.
—Luego, puede que esa espora haya roto su cápsula, desarrollándose dentro del cuerpo de Neweek.
—Pero ¿qué horror trata de suponer?

—No lo sé, es una hipótesis, pero quizá esas esporas, para desarrollarse, tuvieran necesidad de un aporte de proteínas en cantidad tan rápida como masiva y si estaba ya dentro de un cuerpo humano, las ha tenido en cantidad digamos que suficiente.

—¿Quiere decir que una de esas esporas se ha transformado en algo grande y peligroso?

—No puedo asegurar nada, pero es posible. Antes de decir algo debo de verlo con mis propios ojos, pero ahora, busquemos algo más tangible.

—¿Las esporas?

—Exacto.

Buscaron en la mesa de trabajo de la bióloga. Al final, despacio, como incrédula por lo que estaba viendo, Stella levantó un frasco de cristal vacío en el que una etiqueta rezaba: «Esporas de la señorita Flag».

—Estaban aquí, comandante, pero han desaparecido.

El cansancio se agudizó en las ojeras de Tad Zinabry. Frente a él, de casi una parálisis facial, Stella pasó a una excitación general.

Zinabry tomó el intercomunicador y llamó:

—Coronel Donovich, coronel Donovich. No tardaron en responder a su llamada.

—Donovich

a la escucha.

—Donovich, comunique en seguida por los altavoces generales la alarma roja, con peligro inminente por causas internas.

—¿Está seguro, comandante, de que es necesaria tal medida?

—Donovich, obedezca mis órdenes y especialmente, que nadie se quede solo ni un instante. Que para cualquier cosa se formen parejas o tríos, que nadie se quede solo. ¿Comprendido?

—Recibida la orden, comandante.

A partir de aquel momento, en toda la nave se encendieron las luces rojas e intermitentes de la alarma, que provocaron un rápido y total despliegue del personal.

CAPITULO XI

Los principales mandos de la nave habían sido convocados en el puente, alrededor de la gran mesa que constituía una pantalla que les daba acceso a cualquier cosa que desearan visualizar y estuviera al alcance de las cámaras automáticas de teletrivisión.

Todos permanecían en silencio, mas flotaba en el ambiente una excitación que trataban de controlar. La mayor parte de ellos desconocían lo ocurrido y no veían muy claro el motivo de aquella alarma tan especial dentro de la nave, con una implantación severísima de las normas de protección.

El comandante Zinabry estaba con las cejas fruncidas hacia abajo y actitud pensativa. No había comenzado a hablar. El doctor Rodríguez era el único que faltaba a la reunión.

Mientras, Stella Flag observaba de hito en hito a Zinabry, sintiéndose en parte responsable de lo que estaba ocurriendo. Se repetía mentalmente que debía de haber observado las esporas, pero dejándolas en la antena parabólica. Ella era ingeniero en telecomunicaciones, no sabía nada de biología espacial y debía de haber esperado a que un especialista, con las debidas precauciones, tomara unas muestras, pero el mal ya estaba hecho.

Cortando sus pensamientos, penetró en el puente el doctor Rodríguez que parecía haber envejecido súbitamente una década. Su rostro era pesimista.

Se acercó a la mesa bajo la mirada de sus compañeros; tomó asiento y volvió su rostro hacia Ted Zinabry para decirle:

—He estado en el departamento de Biología.

—¿Ha recogido el cadáver? —preguntó Zinabry.

Al hablar de un cadáver, los que ignoraban lo ocurrido aumentaron su excitación. Si había un cadáver, el peligro existía.

—No, no lo he hecho, comandante.

—¿Por qué?

—En la butaca sólo había un esqueleto desmoronado, comandante. Como es sabido, un esqueleto humano, si no está sujeto por alambres, se desmorona. Otra cosa es si el esqueleto yace dentro de un cajón.

Zinabry parpadeó para terminar clavando su mirada en el médico.

—¿Quiere decir que la bióloga ha sido deglutida como Neweek?

Aquella pregunta había sido muy fuerte para los que lo ignoraban todo, pero también para la propia Stella Flag. La intervención del verbo «deglutir» la afectó hondamente.

—Me temo que sí, señor. Ni un sólo gramo de agua, proteínas o grasa quedaba en aquellos huesos. Lo que haya sido, devora nuestro cuerpo con una rapidez inusitada y sólo deja los huesos, tan blancos y secos que da pavor sólo pensar en ello.

La doctora Vera Erickson, paradójicamente por la profesión que tenía, se excitó.

—¿Quieren aclarar lo que están hablando, por favor? No sé si hablan de monstruosidades o emplean un extraño argot.

—No, señorita Erickson, no empleamos ningún argot —respondió Zinabry. A continuación, explicó cuanto se sabía del caso de las esporas y terminó diciendo—: Es- tamos aquí reunidos para hallar una solución práctica y rápida al caso antes de que se produzcan más muertes.

Vera Erickson se había puesto pálida como la cera y sus labios temblaban ligeramente. Donovich intervino:

—Deberíamos de montar un cuerpo de seguridad formado por grupos de tres hombres

bien pertrechados de armas que no puedan dañar el fuselaje exterior de la nave y que busquen a ese extraterrestre que si ya tiene cuerpo debe de estar escondido en alguna parte.

—Creo que su proposición es buena, coronel Donovich, pero hay que puntualizar algo

tras un

breve

razonamiento.

—Usted es el comandante, señor.

—No se trata de rebatir sus palabras, coronel, simplemente que me temo que ya no hay un extraterrestre sino dos como mínimo y si no lo remediamos, habrá tantos como esporas entraron en la nave. ¿No opina usted lo mismo, doctor Rodríguez?

—Sí, lo creo y también opino que ya hay dos.

—¿Por qué dos? —preguntó el mayor Walterson cruzando sus grandes manos negras sobre el cristal de la mesa.

—Mi ayudante no se ha transformado en esqueleto. Por lo tanto, no ha sido deglutido.

—Opino que el ser que ahora tiene todas las proteínas, grasas, etcétera, a excepción de los huesos, de Neweek, asesinó a su ayudante, pero no tomó su cuerpo porque no lo necesitaba. Sin embargo, debió de ir al departamento de Biología donde cogió las esporas del frasco de cristal, es decir, de sus semejantes y a la bióloga no la mató, simplemente le hizo tragar una de las esporas. Eso le causó la muerte primero, lo mismo que a Neweek y luego la espora se desarrolló dentro de su cuerpo hasta dejar solamente los huesos como acaba de contarnos el doctor Rodríguez.

El coronel Yuri Donovich observó:

—Lo que significa que esos seres tienen otras esporas que querrán desarrollar en nuestros cuerpos.

—Me temo que así es —aclaró rotundamente Zinabry, sin ocultar la gravedad de la

situación.

Donovich preguntó a Stella Flag:

—¿Cuántas esporas trajo usted del exterior?

—Diez, estoy segura, pero Neweek trajo una consigo, que suman once.

—Once monstruos devoradores de carne humana a bordo pueden ser algo terrible —
objetó
el
mayor
Walterson.

El coronel Donovich propuso:

—Deberíamos de salir a destruir los que hay pegados a la antena.

—No, coronel Donovich. Por el momento, nadie saldrá al exterior ni se acercará a esas peligrosísimas esporas. Ignoramos todavía el poder de que disponen esos seres y si alguien saliera podría regresar con más esporas. Entonces, no tendríamos el peligro de once enemigos sino de muchos más. Por otra parte, conocemos el poder de desarrollo de las esporas aunque no hemos visto el resultado concreto transformado, sino los desechos que han dejado; sin embargo, también pueden tener capacidad de reproducción y eso sería fatídico para nosotros. Por lo tanto, todas las compuertas que dan al exterior quedarán cerradas. De todos modos, no tendríamos forma de escape posible. Aquí no hay adónde ir. Nuestro medio, artificial pero único, es esta nave. El planeta Plutón tiene buenos e interesantes yacimientos, pero nos es totalmente hostil para subsistir. Daré orden de que cualquiera que trate de salir sea eliminado, ya que al parecer a bordo existe un saboteador o un demente que es el culpable real de que hayamos recibido ese flujo de taquiones en el que han venido las letíferas esporas.

En aquel momento, cuando parecía que se llegaba al final de la reunión de urgencia, el mayor Chao-Tung, responsable del armamento de a bordo, habló con voz transfigurada:

—No pueden escapar de la situación, es mejor que se entreguen y se muestren pacíficos. Si lo hacen así, salvarán muchas vidas. A partir de este momento, nosotros seremos los dueños absolutos de la nave.

Todos se quedaron mirando al mayor Chao-Tung que tenía la mirada perdida, sin brillo, mientras su frente de tez amarillenta se perlaba de un frío sudor.

—¿Qué le pasa, se ha vuelto loco? —inquirió excitada la doctora Vera Erickson.

—Silencio —pidió Zinabry—. Chao-Tung no es quien ha hablado.

El mayor Chao-Tung soltó una profunda carcajada.

Después, se oyó de nuevo su voz:

—Es usted listo, comandante Zinabry. Y porque lo considero listo, no va a defraudarnos y entregará el mando total de la nave, obedeciéndonos sin reservas. Por el momento, son ustedes seres dignos de estudio, bastante simples por cierto. Su civilización sólo está en los albores de la fecunda ciencia.

—Está utilizando al mayor Chao-Tung como *médium* para ponerse en contacto con nosotros sin correr peligro alguno, lo que ya indica que son inteligentes.

—Exactamente, Zinabry. Somos mucho más inteligentes de lo que usted supone. No harán, dirán ni siquiera pensarán nada que nosotros no conozcamos al instante. No se puede luchar contra la inteligencia superior y usted lo sabe, comandante Zinabry. Ahora mismo a la vez he captado todo lo que almacenaba su memoria. Podría recitarles todo el armamento que ustedes poseen a bordo y cuál es la potencia de cada arma.

—Sea usted quien fuere, es una suposición demasiado arrogante por su parte, si es que conocen el concepto de la arrogancia.

—Claro que lo conozco, Zinabry. Por ello, sin arrogancia, les diré que su nivel de inteligencia se halla un sesenta por

ciento inferior a la nuestra. Supongo que ése será un dato elocuente para usted.

—Yo no tengo pruebas de tal cosa. De todas formas, no nos rendimos —sentenció Zinabry—. El poder de ustedes, salvo utilizar a un hombre como *médium,* no ha sido demostrado.

—No nos ponga las cosas difíciles, comandante Zinabry. Tendríamos que tomar severas represalias que luego usted lamentaría.

Vera Erickson intervino para decir con verdadera angustia:

—Entreguémosles la nave a cambio de unas garantías de supervivencia, es lo mejor.

—La señorita tiene razón, comandante. Les daremos unas garantías de supervivencia y regresaremos todos al planeta Tierra.

—La señorita Erickson no es quien toma las decisiones aquí —advirtió Zinabry.

—Su terquedad puede costar muy cara, comandante —advirtió el alienígena con aquella voz transfigurada y cavernosa.

—No habrá rendición y les buscaremos donde quiera que se escondan. Si se enteran de nuestros planes, será un problema más para nosotros, pero nuestra misión es resolver los problemas que se nos presenten.

—Comandante Zinabry, daré por no escuchadas sus palabras. Pida voluntarios o escoja usted mismo entre su personal más inepto, a nosotros nos da igual. Sólo necesitamos a nueve seres de la tripulación. No van a sufrir, no se enterarán de nada.

—¡Nunca! —fue la respuesta tajante—. No entregaré

a nadie al sacrificio para ser deglutido. Se lo repito, les encontraré y serán destruidos, puesto que no buscan la paz sino aniquilarnos.

—Sólo buscamos llegar todos al planeta Tierra.

—¿Para comenzar una invasión? —Quien se rió ligeramente esta vez, con sarcasmo, fue el propio comandante Zinabry.

Se levantó y rodeando la mesa, se acercó al mayor Chao-Tung.

—Entonces, elegiremos nosotros los cuerpos y uno de ellos puede ser el suyo, así dejará de crear problemas. Otro puede ser el de la señorita Flag...

Stella Flag palideció intensamente.

De repente, Zinabry dio un seco puñetazo de abajo a arriba al mentón del mayor y éste perdió el conocimiento. Su cabeza cayó sobre la mesa, rebotando contra el cristal.

—Se cortó la comunicación con los extraños. —Miró en derredor—. Es posible que a partir de este momento no nos oigan. Se formarán tríos para todo y no se separarán en absoluto.

—¿Por qué tríos? —preguntó Donovich.

—Si ellos son dos, pueden dominar dos mentes, pero siempre quedará una libre para hacerles frente aunque sea durante unos instantes. No sé si esta medida dará buenos resultados, pero es la única de que dispongo por el momento.

El doctor Rodríguez inquirió:

—¿Y qué hacemos con el mayor Chao-Tung?

—Es todo suyo, doctor. Lo sentará aquí en una butaca metálica y que quede bien sujeto. En unión de la doctora Erickson le inyectarán la droga amnésica para que olvide cuanto sabe acerca de la nave y no pueda ser utilizado para revelarlo.

Vera Erickson advirtió:

—Esa droga tiene un plazo máximo de duración de doscientas cuarenta horas.

—Lo sé, pero creo que para entonces ya habremos

solventado el problema. —Todos quisieron creer en las palabras del comandante, mas todos las pusieron en duda aunque callaron—. En cuanto al mayor Chao-Tung, lo mantendrán dormido.

—¿En todo momento? —interrogó el doctor Rodríguez.

—No. Cada hora lo despertarán, dando de este modo facilidades a los extraños para que se pongan en comunicación con nosotros. Tener un canal de contacto con el enemigo puede facilitar la forma de vencerles, pues al hablar se escapan detalles que en ocasiones son reveladores. Ahora, coronel Donovich, que todas las órdenes se cumplan a rajatabla. Advertiremos a la tripulación de cuál es el peligro que corre y así trataré de no fallar en nada. Si por el momento evitamos que ellos desarrollen nuevas esporas, seguirán siendo dos y por lo tanto menos peligrosos. No les voy a ocultar que la situación es extremadamente grave y compleja, pero si sucumbimos, no sólo moriremos nosotros sino que es posible que posteriormente sea arrasada toda la especie humana. Es indudable que ellos buscan la Tierra para aposentarse y no la hemos transformado en un nuevo paraíso, exento de polución y cuidando todas las especies de flora y fauna que se consiguieron salvar tras la Tercera Guerra Mundial, para que se la lleven esos alienígenas, capaces de deglutir nuestros cuerpos en cuestión de minutos —concluyó con energía el comandante Tad Zinabry.

CAPITULO XII

Casi todo el personal a bordo iba ya armado con pistolas láser-atomic de corto alcance y con la consigna de no disparar nunca contra las paredes pintadas de azul que correspondían al fuselaje.

Era su cascarón de supervivencia, un cascarón gigante dentro del cual vivían cuatrocientos seres humanos y aquellos extraños que habían logrado introducirse en él.

Quienes no portaban armas, iban forzosamente acompañados por los que las usaban. Aquellos seres eran muy peligrosos. Toda la tripulación sabía perfectamente que habían sido ya varias las víctimas causadas por los extraterrestres que habían hecho que se impusiera la alarma roja de régimen interior en su forma más rigurosa.

Por ser el comandante en jefe de la «Erizo», Zinabry podía desplazarse solo de un punto a otro, lo que no le i estaba permitido a nadie más. Incluso, el propio Zinabry debía de reconocer que aquello era peligroso para él.

En aquellos momentos se dirigía hacia los *hábitats* individuales del corredor de mandos mientras cavilaba pensativo, preguntándose cómo serían aquellos extraños sujetos y en qué basarían su fuerza, su superioridad. Conociendo aquellas incógnitas podría luchar contra ellos. Lo importante era averiguar cuáles eran sus puntos débiles. Dejó de meditar cuando llegó ante la habitación de la psicóloga Vera Erickson. Quien le abrió la puerta fue Stella Flag. Estaba pálida y su semblante denotaba preocupación.

—¿Qué sucede? En cuanto he recibido su llamada he venido de inmediato.

—Pase, comandante —pidió Stella sin dar todavía ninguna explicación. Se internó en la habitación.

Tumbada sobre el lecho en forma indolente estaba la bella pelirroja. Ni aún acostada dejaba de apreciarse la turgencia de sus pechos.

Tenía los ojos brillantes y una extraña sonrisa en sus labios que le hacía mostrar la
doble hilera de dientes perfectos aunque algo amarillentos.

En aquellos momentos, fumaba y un aroma dulzón y también alcohólico inundaba la estancia.

—Hola, comandante. La señorita Flag es muy bella, ¿verdad? ¿O acaso la llama Stella a secas?

Quien puso gravedad ahora en su rostro fue Zinabry, que inquirió:

—¿Qué sucede aquí?

La propia Vera respondió burlona:

—Pues, que estoy borracha, como una cuba.

—No es posible —atajó Zinabry—. En toda la nave no hay una sola gota de licor.

—Se confunde usted, comandante. A veces hay frascos que no contienen lo que indican sus etiquetas.

—¡Maldita sea!

Se inclinó sobre ella, agresivo. Stella Flag le cogió por el brazo, conteniéndolo, aunque no era necesario; jamás habría llegado a pegarle.

—Vamos, comandante, ¿a qué espera? ¿Va a hibernarme como a una niña mala que

recibe su castigo?

—Debería de hacerlo. —Le arrancó el cigarrillo de la mano y lo aplastó en el cenicero al tiempo que gruñía—: No sólo está bebida sino que se ha drogado con estos condenados pitillos.

—Vera me ha llamado y luego me ha pedido que le avisara a usted. Según ella, tiene cosas importantes que decir —explicó Stella Flag.

—¿Ah, sí, y qué cosas son ésas, aparte de echarnos a la cara que es una viciosa, cuando ella es quien tenía que dar ejemplo en este viaje? Había de curar a quien sufriera en su psiquismo y, en cambio, está hecha una ruina.

—Usted tenía razón, comandante, pedía un buen cargo por influencias. Tenía mi título de psicóloga, pero era la amante de un general del que obtuve muchas cosas de provecho. Mas, ya ve, él fue más listo que yo. Cuando se dio cuenta de que podía ponerle en evidencia, me aseguró que tendría el mejor cargo de mi vida y me colocó de jefe de psicología en este vuelo. Me envió a Plutón, a este maldito planeta situado en los confines de nuestro sistema solar. De una sola jugada se libraba de mí y me dejaba contenta. Cuando yo regresara, es posible que él estuviera muerto ya, puesto que, salvo en caso de enfermedad, en la Tierra nadie quiere hibernarse; en cambio, nosotros ya lo hemos hecho y volveremos a hacerlo para el regreso. Es como ir hacia el futuro mientras en la Tierra patean el presente.

—¿Eso es lo que tenía que contarme?

Vera Erickson se incorporó en el lecho con dificultad.

Stella tuvo intención de ayudarla, pero esta vez fue el hombre quien la contuvo para que dejara a Vera moverse por sí sola.

Era obvio que dentro de su cuerpo había hecho una mezcla explosiva de alcohol y drogas. Estas últimas, si no causaban vicio por estar muy controladas, sí producían efectos contundentes, máxime si se tomaban en dosis extrafuertes como debía de haber hecho ella para vergüenza del título que

ostentaba.

—Verás, amor, yo creo que estás enamorado de Stella...

Movió la cabeza de un lado a otro y se rió al ver un ligero sonrojo en las mejillas de
Stella Flag.

—Será mejor que nos vayamos de aquí, ya se le pasará y luego decidiremos lo que se ha de hacer con usted, señorita Erickson. Por supuesto, queda relevada de su cargo desde este mismo instante.

—Yo puedo decirles que no ha habido ningún psicópata en la nave. Toda la tripulación está en su sano juicio, la única que se ha colocado de rondón en este proyecto he sido yo.

—¿Qué quiere decir con eso de que no hay ningún psicópata a bordo?

Ante aquella pregunta directa de Tad Zinabry, la pelirroja respondió con voz estropajosa:

—La lamparita ésa de los chismes de Stella, que según cuentan es la culpable de que los extraños se hayan colado en nuestra nave...

Se detuvo, y Stella apremió:

—Siga, por favor.

—Pues, la quité yo. Sí, fui yo.

Tambaleante, abrió el cajón de su mesita de noche.

Rebuscó torpemente con la mano

dentro de él y finalmente sacó la lámpara de cristal plateado que mostró triunfante.

—Aquí está. Yo la quité, sí, yo la quité...

Se le cayó de las manos. Rebotó en el suelo pero no se rompió, ya que la moqueta era de pelo grueso y amortiguaba cualquier golpe.

Tad Zinabry se inclinó para recogerla.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Stella Flag, desconcertada.

—Yo ignoraba lo que ocurriría al quitarla. Como psicóloga de a bordo, tengo acceso a todas partes y en una distracción del vigilante, la hurté. Todo siguió funcionando perfectamente.

—Pero, a partir de aquel instante, no con inframicroondas, sino con flujo taquiónico, que es el que ha atraído las esporas a nuestra antena.

—Sí, una casualidad, pero no puede quejarse de ello, Stella. Después de todo, gracias a mí, ya conoce a los extraterrestres que venía a buscar. Se conformaba con comunicarse con ellos a través de los años y en cambio ahora les podrá estrechar la mano. ¿No es curioso?

Se echó a reír de una forma histérica, tan fuerte que esta vez Zinabry sí la abofeteó, no con intención de dañarla pero sí de cortar su histeria.

—Todo lo que ha hecho es muy grave, señorita Erickson.

Será juzgada en consecuencia,

y no se le olvide que ya han muerto varios compañeros.

Se quedó seria bruscamente. Luego, le miró con ojos obsesivos, casi como los de un pez, y repitió a punto de la congoja:

—¡Ya lo sé, ya lo sé, pero tenía celos!

—¿Celos? —inquirió Stella.

—Sí, celos, unos celos horribles. Me ha gustado siempre ser admirada, pero los años caen encima del cuerpo de una y no años de hibernación, sino años físicos que ajan, que envejecen. Quise atraer la atención de él —señaló a Zinabry— pero es frío, es piedra, es hielo. Claro que para usted, Stella, es posible que sea todo lo contrario.

—Vámonos, Stella —pidió Zinabry.

La joven miró a su comandante; era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, con familiaridad, lo que daba a entender que Vera Erickson no andaba desencaminada respecto a los sentimientos del hombre responsable de aquella gran nave, sentimientos que había tratado de mantener ocultos, pero que la perspicacia de la psicóloga había captado.

—Me dije que si todo le iba mal a Stella, Zinabry la odiaría.

Sí, la odiaría, porque antes
que sus propios sentimientos, este hombre es un jefe nato y quiere que todo salga a la perfección.

—Y queriendo destruir el prestigio de la señorita
Flag —esta vez recalcó el tratamiento— ha causado perturbaciones gravísimas a bordo. Es una lástima, señorita Erickson.

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

Encogió su cuerpo hasta esconder la cabeza entre sus piernas y comenzó a sollozar convulsivamente. Era el hundimiento total de su espíritu.

Tad Zinabry cogió por el brazo a Stella y la empujó suavemente hacia el exterior, dejando sola a Vera. Tomó la llave y cerró la puerta desde el exterior, para que la doctora

no pudiera salir y tampoco
nadie consiguiera entrar.

Se iba a guardar la llave cuando Stella Flag gritó:

—¡Ahí!

Al volver la cabeza, Zinabry tuvo tiempo de ver una sombra que cruzaba por el corredor, delante de ellos.

—¿Quién es?

—¡Un monstruo! —exclamó horrorizada.

CAPITULO XIII

Al tiempo que empuñaba su pistola láser-atomic, Zinabry corrió en pos de la sombra. Aquel alienígena no debía de ser muy veloz, porque logró enfrentarse a él sin que se hubiera alejado demasiado.

Ambos se miraron, observándose con atención. Tad Zinabry pudo verlo con nítida claridad.

El extraño era más bajo que Zinabry y mucho menos corpulento. Sus brazos y piernas eran extremadamente delgadas, casi quebradizas. Sin embargo, sus pies y manos resultaban grotescamente grandes pero no gruesas.

Su piel era escamosa y por sus tonos oscuros, recordaba a una cepa en pleno invierno. No llevaba encima nada, ni siquiera un arma, pero lo que más destacaba en él era su enorme cabeza, en la que cabría un cerebro tres veces superior al de los terrestres.

Dos tercios del volumen total de aquel ser eran cabeza, un cráneo totalmente desproporcionado incluso para guardar un equilibrio regular.

Sus ojos eran grandes, intensos. En el fondo, tenía un aspecto similar a un terrestre, pues, salvo pequeñas diferencias y proporciones, orgánicamente debía de ser muy parecido.

—¡Dios mío, qué horror! —gimió Stella Flag que acababa de llegar junto a Tad.

El extraño se había quedado quieto en el pasillo, mirándoles con fijeza. No semejaba haber agresividad en su rostro, pero sus ojos resultaban obsesivos. Eran como dos brocas perforantes.

Tad Zinabry le estaba apuntando con la pistola, mas se mostraba indeciso.

Aquel ser estaba desarmado, quizá era el momento de capturarlo. Estaba seguro de que con sus manos podría

dominarlo fácilmente, pero, en cuestión de segundos, su dolor de cabeza aumentó de forma enloquecedora.

Se había equivocado al suponer que aquel alienígena estaba desarmado. Su cerebro era en sí mismo un arma fantástica, con una multitud de posibilidades que superaban a las de la mejor pistola láser-atomic.

Se dio cuenta entonces de que un poder sobrenatural se introducía en su mente, tratando de dominarle, y lo estaba consiguiendo, porque su mano armada se doblaba para apuntar hacia Stella Flag que se hallaba horrorizada junto a la pared.

Todavía con capacidad de raciocinio, se percató de que aquel desconocido le estaba obligando a destruir a Stella, y parecía que lo iba a conseguir de un momento a otro si algo no lo remediaba.

De pronto, instintivamente, comenzó a chillar lo que tantas veces había gritado con su equipo de la universidad, siendo él uno de los miembros sobresalientes del equipo de *rugby.*

Fue un alarido enervante que repetía en sí mismo una frase de forma constante; un grito que casi le hacía desencajar la mandíbula y penetraba en lo más hondo de su propio cerebro, ensordeciendo a Stella Flag.

Por la mente de Tad Zinabry pasó el césped verde del gran campo de *rugby.* Los graderíos estaban llenos, a reventar...

El corría y corría, con los dientes apretados, teniendo el balón apepinado entre sus manos como el más preciado tesoro mientras en torno suyo surgían y surgían jugadores rivales que trataban de placarle, de derribarle, de quitarle el cuero, de hacerle revolcar por el suelo y mascar la hierba con el desagradable sabor amargo de la derrota.

De súbito, impidiéndole el paso hacia la portería, apareció aquel ser extraño, de enorme y brillante cráneo, con sus ojos grandes, oscuros y obsesivos.

Apretó el dedo, jaló el gatillo y de la pistola láser brotó el flujo luminoso que desintegró al extraño, dejando unos restos carbonizados sobre el piso.

Stella Flag le abrazó.

—¡Tad, Tad, qué miedo he pasado! ¡Creí que ibas a matarme!

Zinabry jadeaba como si hubiera cruzado físicamente aquel campo de *rugby* que sólo había existido en su mente durante breves momentos.

Estrechó a la joven y dijo:

—Esos seres tienen un poder mental que nos supera por completo. Hay que destruirlos donde se encuentren. No se les puede dar tiempo a concentrarse. Si eso ocurre, nos dominarán, nos obligarán a que nos eliminemos nosotros mismos aunque ellos puedan hacerlo con facilidad. Gobernando nuestro cerebro, pueden paralizarnos y luego estrangularnos y aún creo que son capaces de ordenar a nuestros corazones que dejen de funcionar.

—¿Y podrían conseguirlo?

—Me temo que sí. A ellos no les hacen falta pistolas láser y lo saben. Su poder mental es muy grande, pero yo acabo de descubrir una nueva arma para contrarrestarlo.

—¿Cuál? —inquirió angustiada.

—En el momento en que tengamos la impresión de que vamos a ser dominados por sus mentes, hay que gritar, gritar algo repetido y monótono, tan fuerte que embote nuestro

propio cerebro. Lo mismo que esta acción nos impide pensar, a ellos les impide controlarnos. La clave está ahí. Debemos cantar algo ensordecedor cuando nos enfrentemos a ellos.

—¿Crees que será suficiente?

—Si no lo es, será un problema, porque es lo único que tenemos. Sin embargo, hemos aliviado algo nuestra situación al eliminar a uno de esos dos extraterrestres; el otro debe de ser el que tenga las esporas en su poder.

—Si conseguimos librarnos de ellos, será una gran suerte, pero hay algo que me preocupa mucho también.

—¿Y qué es?

—Vera Erickson.

—Ella no debe de preocuparte, ya tienes tu lámpara.

—Sí, pero ¿qué será de ella?

—Tengo autoridad para formar un tribunal a bordo y juzgarla.

—¿Para condenarla a la desintegración?

—No, no lo haré. Encargaré al doctor Rodríguez que se ocupe de hibernarla y cuando regresemos a la Tierra, allí se cuidarán de juzgarla. Si las leyes continúan como cuando abandonamos nuestro planeta, tendrá muy pocas probabilidades de salvarse. En fin, el caso no puede ignorarse, mas no deseo ser yo quien la sentencie, por eso la haré

hibernar.

Stella Flag bajó la cabeza, preocupada, y admitió:

—Sí, creo que será lo más acertado.

—Vamos al puente, allí estará el mayor Chao-Tung. Nos pondremos en contacto con el extraño que queda vivo y le haremos razonar que lo mejor es que se entregue y lo primero que haremos será destruir las esporas.

—Sí, creo que eso es lo más conveniente para salvar la nave.

Marcharon al puente de mando, donde todo continuaba normal. El mayor Chao-Tung había sido instalado en una butaca, esposado a los brazos metálicos de la misma, y parecía adormilado.

El doctor Rodríguez, con aspecto preocupado, estaba junto a él.

—¿Cómo va, doctor? —le preguntó Zinabry.

—Ah, hola, comandante. Iba a inyectarle de un momento a otro un somnífero.

—No, no lo haga, quiero utilizarlo ahora. Es la única forma que tenemos por el momento para ponernos en contacto con ese extraño.

—Dirá dos —aclaró el doctor Rodríguez.

Stella Flag se apresuró a exclamar:

—¡El comandante acaba de desintegrar a uno de ellos, era horrible!

Todos los miembros que componían el equipo del puente de mando se lo quedaron mirando en forma interrogante. Ya había aparecido uno de ellos y su comandante en persona lo había destruido; por lo tanto, no eran invencibles.

—¿Cómo dicen que era?

Stella Flag dio una explicación que resultó bastante exacta del aspecto del alienígena mientras Zinabry reanimaba al mayor Chao-Tung que, pese a despertar, seguía teniendo la

mirada perdida.

—Este hombre continúa dominado mentalmente, sólo hay que verle —opinó el doctor Rodríguez.

—Sí, mi poder es infinitamente superior al de ustedes —aclaró la voz cavernosa y extraña que brotaba de la boca del mayor Chao-Tung.

—¡Entréguese! Es su única forma de salvar la vida —advirtió Tad Zinabry.

—Se equivoca, comandante. Ahora somos fuertes, muy fuertes. Pronto dominaremos la nave por completo. Su terquedad no servirá de nada, es más, nos obliga a pensar en eliminarle a usted antes que a nadie.

—Hágalo si puede —le desafió Zinabry delante de todos sus hombres que escuchaban atentamente aquel extraño diálogo a través de un *médium* forzado.

CAPITULO XIV

—Lo haremos, comandante Zinabry.

—Observo que se expresa en plural. ¿Acaso es el desconocimiento de nuestro idioma o pretende insinuar que son más de uno?

—No nos hace falta conocer su idioma, es suficiente con que lo sepa el hombre utilizado como *médium.* Para llegar a la mente y someterla, no es preciso idioma alguno porque, al parecer, el sistema de comunicación cerebral es universal. Lo que sucede es que ustedes tienen un cerebro poco evolucionado. Por las reservas mentales del mayor Chao-Tung, deducimos que es mayor la diferencia entre nosotros y ustedes, que entre ustedes y un chimpancé terrestre.

—Me parece demasiada soberbia por su parte —replicó Tad Zinabry.

—Es inútil que pretendan ignorarlo. Ahora ya no tenemos por qué eliminar a ninguno de ustedes. Bastará con que se sometan voluntariamente a nuestras órdenes y todo será sencillo. En principio, abandonaremos el inhóspito Plutón y esta nave, llevándonos como pasajeros egregios, nos conducirá al planeta Tierra del que tenemos muy buenas referencias.

—Eso no lo conseguirá nunca. Además, usted es uno solo; yo en persona he matado a su compañero.

—Lo sé, comandante, pero es que ya no somos dos, sino diez.

—¿Cómo? —exclamó Tad Zinabry, tambaleándose como si acabaran de asestarle un mazazo en la frente.

Todos miraron a su comandante, preocupados.

—Sí, comandante, ya estamos al completo. Tantas esporas como entraron en la nave, tantos seres de Gluconny, el planeta del que procedemos.

—No es posible. No tengo noticias de que haya muerto ninguno más de mis hombres.

—Es posible que sí, es posible que no. Adivínelo, comandante. Es usted un hombre sagaz.

—Ustedes son invasores. No pretenden lazos de amistad ni de comunicación.

—Por supuesto que no, comandante. Hace tiempo que nuestro planeta dejó de existir, otro astro chocó contra él. Fue un cruce en el espacio. Lo pudimos calcular, mas no evitar y como tras diversas salidas al espacio con nuestras naves no logramos encontrar un planeta habitable, millares de nosotros fuimos transformados en esporas y las esporas en flujos taquiónicos que, al parecer, ustedes ya han descubierto a través de su lenta civi- lización. Así, hemos viajado por el espacio, ignoro si durante días o millones de años, puesto que no tengo ningún dato comparativo del tiempo.

—¿No dice que tenía buenas referencias del planeta Tierra?

—Hasta que yo mismo no fui el primer transformado y ahondé en la mente del mayor Chao-Tung, no supe de dónde procedían ustedes y las características de su planeta. Habíamos materialmente desaparecido en el espacio, pero ahora renacemos y nuestra especie tiene la posibilidad de revivir.

—Si hubieran pretendido amistad, habrían podido revivir. Ahora, como invasores, serán destruidos.

—No lo creo, comandante Zinabry. Los habitantes del planeta Gluconny que fuimos condensados dentro de las esporas, ya éramos adultos. Sólo nos hacía falta un gran aporte de proteínas alrededor nuestro para romper la cápsula que conforma la espora y rápidamente renacimos, convirtiéndonos en los seres que éramos originariamente. Lo mismo que toda una herencia genética se condensa en un minúsculo esperma, nosotros nos hemos concentrado en las esporas, despidiendo a la vez un fluido magnético para que cualquier ser que nos tomara en su mano, fuera animal o semi-inteligente como ustedes, tuviera que engullirnos forzosamente. Dentro ya de su cuerpo, inmediatamente se produciría la reacción.

—Una reacción devoradora. Tomar el cuerpo de otro ser para conformar el suyo.

—Así es, comandante, y afuera hay más esporas. ¿Por qué no manda a alguien para que las traiga aquí dentro?

—¡Noo! —gritó Stella Flag con toda su alma.

El mayor Chao-Tung, incapaz de soportar más aquella tensión, dobló la cabeza hacia delante, perdiendo el sentido.

El doctor Rodríguez miró a Zinabry y éste indicó:

—Que no despierte por ahora, inyéctele el somnífero. Ah, en cuanto a la doctora Erickson, hibérnela.

—¿Cómo?

—Hibérnela, doctor, es una orden. La encontrará en su habitación. Tome la llave y cuando vaya a verla, no la escuche para nada. Ha cometido unos delitos y será juzgada en la Tierra.

—Como usted ordene, comandante —se resignó el médico—. Por cierto, ¿piensa de veras que esos seres han obtenido proteínas para la transformación de nueve esporas más?

—Me temo que sí.

—¿Cómo lo habrán conseguido?

—Tengo una sospecha.

—¿Cuál?

—Se lo diré cuando la confirme.

—Como quiera —aceptó el galeno, preparando la hipodérmica para inyectar el somnífero al mayor Chao-Tung.

Tad Zinabry se dirigió a la mesa de reunión. Tomó el micrófono de órdenes y conectó el enlace para toda la nave, de modo que su voz pudiera escucharse en lo más recóndito de la «Erizo».

—¡Atención, atención, les habla el comandante Zinabry! ¡Escúchenme todos, es una orden! Corremos peligro de ser sometidos por los extraños que han conseguido infiltrarse en nuestra nave. Sigan en grupos de tres, que bajo ningún concepto se quede nadie solo. Esos seres que proceden de un ignorado planeta que ellos llaman Gluconny, pero que no sabemos a qué sistema solar ni siquiera a qué galaxia pertenece, ya que han viajado por el espacio por tiempo indeterminado, no son invencibles, no son indestructibles. No pueden introducirse en una estancia si no es por la puerta y no poseen más poder superior al nuestro que el de sus mentes, ya que tienen unos grandes cerebros y unos ojos que les ayudan a dominar nuestras conciencias. Yo mismo he destruido a uno de ellos, pero

quedan diez todavía. No sólo hay que guardarse de ellos, pues son malignos invasores, sino que hay que aniquilarlos. Debemos buscarlos donde quiera que estén y disparar sobre ellos sin detenerse siquiera a observarlos para no darles tiempo a utilizar sus dotes mentales. Con cualquier pistola láser-atomic se les destruye. Si bien mentalmente son superiores a nosotros, para evitar caer bajo su sometimiento se puede utilizar una treta que yo mismo he empleado y con buenos resultados. Sólo se trata de gritar una frase monótona, la de nuestro equipo de *rugby* o la de cualquier canción conocida y que sea muy excitante. Hacedlo con ganas, fuerte, hasta aturdiros, porque ese aturdimiento forma una barrera infranqueable para el poder mental de los extraños. Así evitaréis ser dominados. Apenas notéis, aun cuando no los veáis, un dolor de cabeza, cantad y cantad sin parar mientras buscáis auxilio. Esa es nuestra defensa. —Hizo más emotiva su voz para añadir—: Si los extraños dominan esta nave, no sólo moriremos nosotros, pues la mayoría seremos devorados por sus crías o esporas, sino que la Tierra será invadida por ellos. Ahora ya tienen un objetivo y unos medios para llegar hasta él. Repito, no son invencibles, no son indestructibles. ¡Suerte!

—Y cortó la comunicación.

CAPITULO XV

Stella Flag no comprendía lo que bullía en la mente de Tad Zinabry cuyo entrecejo aparecía fruncido. Caminaban aprisa por los corredores y luego, un ascensor les trasladó a la entrada de uno de los brazos del «Erizo». Al final del mismo estaban las cámaras de hibernación de reserva.

—¿Crees que podrán contra nosotros?

—Si no consiguen apoderarse de nuestras mentes, nosotros los exterminaremos a ellos. Llegaron a la sala de hibernación y una vez en ella, Tad Zinabry se acercó a una de las cápsulas blindadas que debía de contener un cuerpo. Sin más, la abrió.

—¡Cuidado, lo vas a matar! —gritó Stella Flag.

—Lo que me figuraba —mascullló Zinabry al ver lo que contenía la cápsula de hibernación.

—¡Dios mío, qué horror!

—Este rebelde ha sido deglutido y lo mismo ha ocurrido con los demás. Este ha sido el procedimiento utilizado por esos demonios para obtener proteínas.

—¿Los rebeldes?

—Sí, son los rebeldes que capturamos en el cinturón de asteroides, tras su ataque contra nuestra nave. Los teníamos hibernados para el regreso a la Tierra, pero esos endemoniados extraños se han enterado pronto de que teníamos proteínas de reserva.

—¿Quién se lo habrá dicho?

—Les habrá bastado con ahondar en la mente de Chao-Tung, es su pozo de información. Era mucho menos arriesgado devorar estos cuerpos inertes y quietos que tomar los de quienes podían presentar ciertas dificultades. Ya ha sido destruido uno y, por lo tanto, no se les escapa que podemos con ellos, que no nos dominan totalmente como

pretenden.

—Pues lo han conseguido con el mayor Chao-Tung.

—Hay cerebros más predispuestos a convertirse en *médiums* que otros. Eso ha ocurrido siempre y, por lo visto, Chao-Tung tenía altas posibilidades de convertirse en *médium.* Por contra, hay cerebros más resistentes.

—Ahora será muy difícil acabar con ellos. Son diez y quizá alguna mente más sea dominada a bordo.

De súbito, toda la nave tembló ligeramente y luego se estabilizó. Zinabry y Stella se miraron; ambos sabían muy bien lo que aquello significaba.

—Los motores principales de la nave acaban de ponerse en marcha —observó Tad Zinabry.

—Eso no estaba previsto —dijo ella.

—¿Qué diablos habrá ocurrido? Aquí no hay un mal intercomunicador, iremos al puente inmediatamente. Ahora ya sabemos que aquí no hacemos falta, ellos se han llevado los cuerpos que necesitaban para desarrollar sus malditas esporas.

Corrieron de regreso hacia el puente de mando. Allí, ante su espectacular llegada, les

observaron con atención.

—¿Quién ha puesto la nave en marcha? ¡Estábamos orbitando Plutón! —gritó exasperado, mirando en derredor.

Nadie le contestó.

Miró la pantalla de la mesa y vio cómo el planeta se alejaba. Uno de los miembros del equipo del puente, puntualizó:

—Hemos perdido el control de la nave.

—¿Cómo?

—Comandante, ya sabemos que es grave, pero así es. El control automático ha entrado solo en funcionamiento y es la computadora quien gobierna la nave.

—¡No es posible!

Zinabry se dirigió hacia la terminal de la computadora. Intentó detenerla, pero fue inútil; aquella terminal estaba desconectada.

—Están gobernando la nave desde otro punto, nos han hecho perder la órbita de Plutón. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

La respuesta de otro miembro del equipo fue rápida:

—Hacia el planeta Tierra, comandante.

—Entonces, no cabe duda, no es un error de la computadora, aunque la computadora tiene una fiabilidad de un uno contra un millón en contra.

—¿Crees que ellos han controlado la nave? —preguntó asustada Stella Flag.

Se produjo un denso silencio. Aquella noticia podía ser muy grave. Controlar la computadora central era controlarlo todo, absolutamente todo: Los motores, la ruta, los datos, la atmósfera e incluso la gravedad artificial que ellos podían reducir si les interesaba para exterminar a los tripulantes de la nave O.P.E. 001.

—¿Dónde está el coronel Donovich?

—No lo hemos visto, comandante, no ha venido por aquí —le respondieron.

—Está bien, manténganse en sus puestos, que nadie salga de aquí. Stella, hazte cargo del micrófono de órdenes y pregunta si han conseguido averiguar dónde hay seres extraños. Tenemos que encontrarlos. Los demás, permanezcan atentos por si volvemos a recuperar el mando de la nave. Voy a ir a la sala de la computadora.

Stella Flag pensó que posiblemente se dirigiera al lugar donde se habían escondido aquellos extraños seres, pero sabía muy bien que no podía retenerlo, que nada le detendría.

Tad Zinabry abrió las pesadas compuertas de acero y se encontró en la sala de la computadora, donde se escondía toda su memoria y sus posibilidades de cálculo.

Allí estaban los miles y miles de *cassettes* magnéticos y los complicados circuitos electrónicos.

Encaramado a una escalera metálica, sujeta en su parte alta a una barra de acero que
le permitía desplazamientos, se hallaba Yuri Donovich quitando y cambiando *cassettes.*
Estaba dirigiendo la computadora de una forma arcaica, manual pero igualmente efectiva.

Al pie de la escalera había dos de aquellos extraños. Era obvio que el coronel Donovich había caído bajo el influjo de su poder mental.

—¡Donovich, Donovich, despierte, grite, grite!

Los dos extraños se quedaron mirando fijamente a Tad Zinabry, pero éste no perdió el

tiempo y disparó contra uno de ellos, desintegrándolo, mientras profería un extraño y silbante alarido.

Su compañero saltó a un lado para no ser abatido también por el haz letífero del láser, pero en aquel momento, cuando Tad Zinabry se disponía a destruirlo, Yuri Donovich saltó sobre él como una verdadera fiera. Ambos rodaron por el suelo en una lucha bestial.

Donovich trataba de matar a Tad Zinabry con sus propias manos, sometido al poder mental del gluconnita.

Los golpes fueron tan fuertes que a Zinabry se le escapó la pistola de la mano. El, por todos los medios, trataba de no matar a Donovich.

Mientras los dos terrestres luchaban a muerte, el extraño quiso apoderarse de la pistola, pero, al intentarlo, quedó al alcance de la bota de Zinabry y éste le dio tal patada que lo envió a la parte opuesta de la sala, golpeándose contra los cantos metálicos.

Aquel ser, con los ojos abiertos y el arma atómica en la mano, se escurrió hasta quedar sentado y luego se dobló de lado, tiñendo el suelo de amarillo con su sangre viscosa.

En aquel instante, Yuri Donovich dejó de golpear. Se llevó las manos a la cabeza y preguntó:

—¿Dónde estoy?

—No es nada, coronel Donovich. Por un tiempo ha quedado sometido a esos seres. Donovich miró al alienígena muerto y gruñó:

—Diablos, si es monstruoso.

Zinabry recogió su arma y ordenó al coronel:

—Usted ha cambiado los *cassettes* de sitio para manejar la

computadora central desde sus propias «tripas». Ahora, lo volverá todo a su lugar normal y tendrá comunicación directa con el puente de mando. Enciérrese desde dentro y no deje pasar a nadie hasta que yo mismo se lo indique. Esos seres pretenden controlar la nave, ya estamos en camino hacia la Tierra.

—¿Cómo ha sido eso?

—En otro momento se lo explicaré. Quédese aquí en compañía de ese cuerpo que ya nada le podrá hacer porque está muerto, pero no deje pasar a nadie —insistió Zinabry.

—De acuerdo, comandante, no entrará nadie mientras ordeno un poco todo esto. Armado con la pistola, Zinabry decidió retornar al puente de mando, pero dio un pequeño rodeo por si encontraba a otros extraños más.

Pasó por el corredor de los *habitats* de mando y vio la puerta del cuarto de Vera Erickson abierta. Preocupado, se introdujo en parte en la estancia y tendido sobre la peluda moqueta descubrió el cuerpo del doctor Rodríguez.

—¡Doctor, doctor! ¿Qué le ha sucedido?

Tenía una herida en la cabeza. Le abofeteó el rostro hasta despertarlo. Cuando volvió en sí, dijo:

—Ha sido ella.

—¿Se refiere a la doctora Erickson?

—Sí, me ha golpeado en la cabeza con algo contundente, creo que era el cenicero.

—¿Sabe adónde ha ido?
—No, no lo sé.
—Bien, doctor, vayamos al puente.

—¿Ha ocurrido algo más? —preguntó tocándose la cabeza lastimada—. Le veo muy excitado.

—Sí, hay novedades. Dos de esos tipos han muerto ya. Han estado a punto de controlar la nave por completo, pero ese peligro ha pasado.

—¡Atención, comandante, atención! —comenzó a llamar la de Stella Flag a través de los altavoces—. ¡Atención, preséntese urgentemente en el puente de mando!

—Vamos, doctor. Algo más ocurre.

Llegaron al puente de mando. Allí estaban todos exaltados y la propia Stella les recibió.

—Se han recuperado algunas partes del control de la nave.

—Sí, y pronto estará todo bien. El coronel Donovich se está encargando de esto.

—Hay otra cosa. Sabemos ya dónde están esos seres.

—¿Ah, sí, dónde?

—En la sala de alimentación del emisor-receptor.

—¿Hay confirmación?

—Sí, mira la pantalla —le pidió Stella Flag.

En la pantalla se veía a varios hombres de la nave controlando una puerta de acero con pistolas.

—Están detrás de esa puerta, los han visto y son ocho.

—¡Magnífico! —exclamó Zinabry.

Todos le miraron incrédulos, como si se hubiera vuelto loco.

—Están encerrados ahí, controlan esa parte de la nave — concretó Stella.

—¿Puedo controlar yo el desenganche del emisor- receptor de inframicroondas con antena incluida?

Le respondieron que, si todo funcionaba bien, sí podría.

—Pues, adelante, vamos a desenganchar. Que los hombres que están allí se retiren.

Los hombres que vigilaban la puerta de acero se apartaron tras recibir la orden. Ante ellos se cerraron dos compuertas circulares, también de acero.

Zinabry tomó el micrófono, abriendo el canal de voz hacia la cápsula que en sí misma formaba la emisora- receptora con

su pila de alimentación, junto a la cual se habían refugiado los acosados extraños.

Por si le entendían, les dijo:

—¡Buen viaje a la eternidad, amigos!

Pulsó el botón de desenganche. Se soltaron las tenazas de acero y luego, un motor se puso en marcha, desprendiéndose de la gran nave la mitad de dos de sus brazos y con ellos, la antena parabólica que quedó en el espacio, alejándose cada vez más.

—Pero, Tad, allí recibían la atmósfera y la gravedad a través de la nave.

—Exactamente. Ahora ya no tendrán atmósfera ni nada, pues la pila sólo alimenta el emisor-receptor. Será su fin, perdidos en el espacio. Vinieron encerrados en esporas y ahora se alejan de nuestro sistema solar dentro de una gran cápsula de acero.

En la pantalla podía verse claramente la cápsula autónoma que conformaban dos mitades de brazos de la nave «Erizo» y la antena parabólica, uniéndolos.

Dentro de los brazos, además de los ingenios electrónicos y la pila atómica de alimentación, habían quedado atrapados para morir los extraños.

De pronto, algo rojo destacó en la antena parabólica.

—¡Ahí, Tad, ahí, aumente la visión!

Zinabry controló el aumento de visión y pudieron ver con claridad el cuerpo de un astronauta pegado a la antena parabólica. Estaba ocupado en quitar las esporas una por una, arrojándolas fuera al espacio.

—¡Es la doctora Erickson! —exclamó Stella al poder verla mejor a través de la mirilla del casco de supervivencia.

—Diablos, hay que comunicar con ella en seguida.

Se estableció una comunicación inmediata, pues los cascos de supervivencia estaban dotados de un buen emisor-receptor de onda corta.

—¡Señorita Erickson, ha cometido usted una imprudencia! Ahora iremos en su busca.

—No, no se molesten —replicó ella.

—¡Es que nos estamos alejando de usted, hemos desenganchado esa parte de la nave!

—Sí, ya lo veo, y ya no es necesario que quite más esporas. Era como arrancar frutos de un árbol. Buen viaje a la Tierra, amigos, saludos de mi parte al general. Comandante Zinabry, ¿o mejor le llamo amor?

Sonrió y, de pronto, ante la estupefacción de todos, abrió la mirilla de su casco y la muerte penetró por ella.

Su cuerpo se separó del emisor-receptor que en sí mismo llevaba la muerte y se perdió flotando en el espacio como un fruto rojo que nadie iba ya a tocar.

—¡Dios mío! —sollozó Stella al ver la decisión que Vera Erickson acababa de tomar, pues sabía que no podría escapar a un juicio sumarísimo por los actos cometidos.

Tad Zinabry estrechó el cuerpo de Stella mientras pensaba que ya no iba a modificar el rumbo de la nave. Regresaban a la Tierra, la misión estaba concluida.

Habían tomado contacto con seres extraestelares, incluso se llevaban el cuerpo inerte de uno de ellos que quedaría como constancia de que no estaban solos en el Universo.

F
I
N